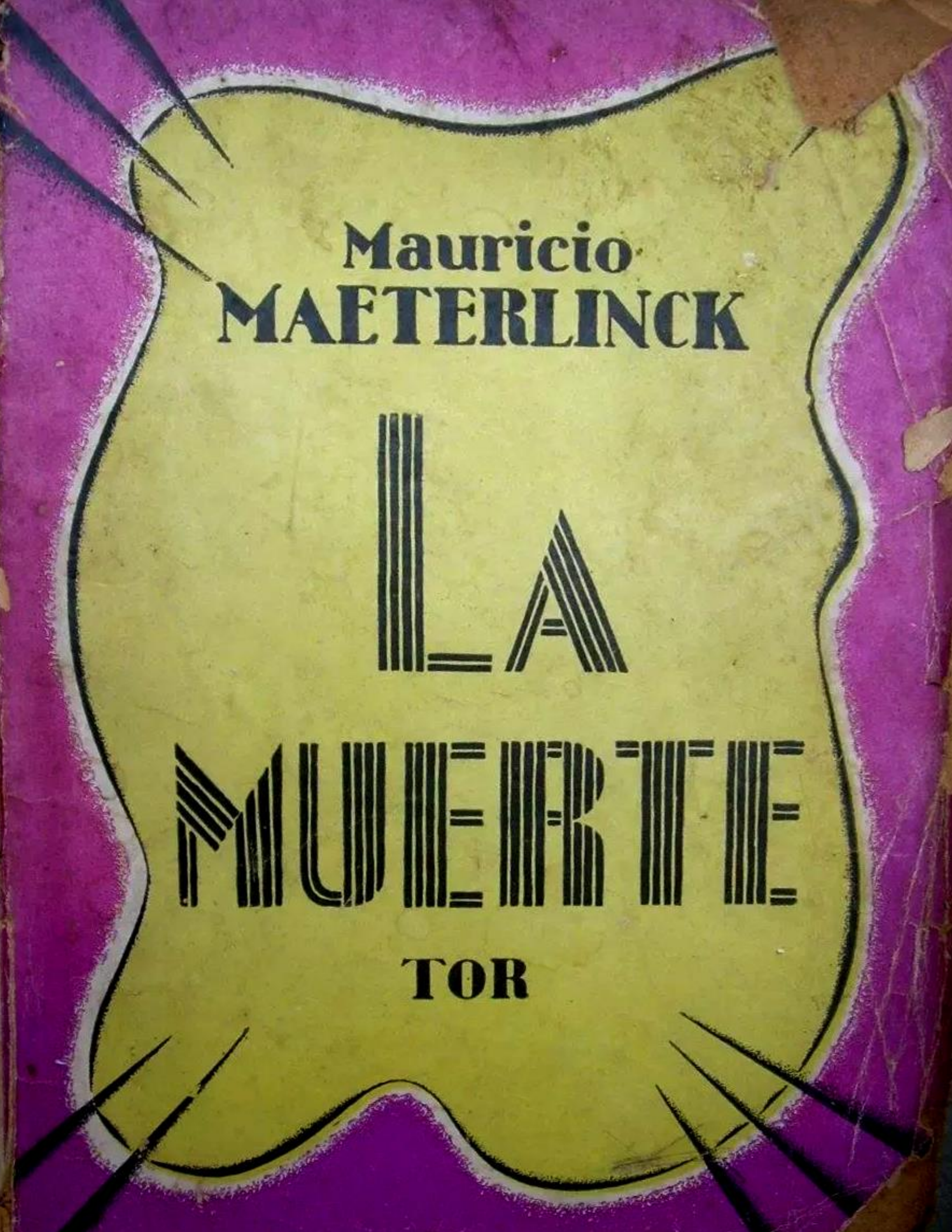

Mauricio
MAETERLINCK
LA
MUERTE
TOR

Mauricio

MAETERLINCK

LA

MUERTE

MAURICIO MAETERLINCK

LA MUERTE

Traducción de Luis Bertrán



EDITORIAL TOR
Dirección, Administración y Talleres: RIO de JANEIRO 760
Exposición y ventas central: DIAGONAL NORTE 580
BUENOS AIRES

ÍNDICE

CAPÍTULO I

NUESTRA INJUSTICIA PARA CON LA MUERTE

I

Se ha dicho admirablemente: “¡La muerte!

Siempre es a ella sólo a la que debemos consultar mientras vivimos y no sé qué futuro en el cual nosotros no existimos. Ella es nuestro propio término y todo pasa en un intervalo que media entre ella y nosotros. No me vengan a hablar de esas prolongaciones ilusorias que tienen sobre nosotros el prestigio del número; que no me vengan a hablar a mí, que moriré por completo, enteramente, de sociedades y de pueblos. No hay más duración, no hay más realidad verdadera que la que existe entre una cuna y una tumba. Todo lo demás es exageración, espectáculo, ¡óptica vana!

Me llaman maestro por no sé qué prestigio de mi palabra y de mis pensamientos, pero yo no soy más que como un niño perdido frente a la muerte”. – *María Lenrú*, “Los emancipados”. Acto III, escena IV.

II

He ahí dónde nos hallamos. En nuestra vida y en nuestro universo no hay más que un hecho importante: nuestra muerte. En ella se reúne y conspira contra nuestra felicidad todo aquello que escapa a nuestra vigilancia. Cuanto más nuestros pensamientos pugnan por apartarse de ella, más se acercan a ella. Cuanto más la tememos, más se hace temer, pues sólo se alimenta con nuestros temores. El

que desea olvidarla no hace más que pensar en ella y el que la huye, la encuentra a cada paso. Con su sombra lo ensombrece todo. Pero si pensamos en ella sin cesar, lo hacemos sin darnos cuenta de ello y por eso no aprendemos a conocerla. Nos contentamos con volverle la espalda en vez de ir a ella con el rostro levantado. Nos esforzamos en alejar de nuestra voluntad todas aquellas fuerzas que podrían servirnos para plantar la cara. La dejamos en las manos sombrías del instinto y no le concedemos ni una hora de nuestra inteligencia. ¿No es asombroso que la idea de la muerte que por ser la más asidua y la más inevitable entre todas debería ser la más perfecta y la más luminosa de todas nuestras ideas, sea en cambio la más vacilante y la más anticuada? ¿Y cómo íbamos a conocer la única potencia que nunca observamos cara a cara? ¿Cómo iba esa fuerza a aprovecharse de las claridades que sólo se produjeron para huir de ella? Para sondear sus abismos, esperamos los minutos más fugaces y los más sobresaltados de nuestra vida. No pensamos en ella más que cuando ya no tenemos fuerza, no diré para pensar, sino para respirar. Un hombre de otro siglo, que volviese repentinamente entre nosotros, no reconocería sin pena, en el fondo de nuestra alma, la imagen de sus dioses, de su deber, de su amor o de su universo; pero la imagen de la muerte, la encontraría intacta casi, poco más o menos, como lo esbozaron nuestros antepasados con todo y haber cambiado todo en torno de ella y que, hasta lo que la compone y aquello de lo cual depende, se ha desvanecido del todo. Nuestra inteligencia, que llega a ser tan audaz, tan activa, no ha trabajado en ello ni ha hecho, por así decirlo, ningún retoque en ella. Aunque no creamos en los suplicios de los condenados, todas las células vitales del más incrédulo de nosotros, permanecen aún en el misterio espantoso del *Cheol de los hebreos*, de los hados de los paganos o del infierno cristiano. Aunque él no esté iluminado con luces muy precisas, el abismo sigue abriéndose al final de la existencia y por eso no deja de ser menos conocido ni temido. De esa manera, cuando viene el desenlace de la última hora que pesaba sobre nosotros y hacia el cual no osamos levantar nunca los ojos, todo nos falta a la vez. Los dos o tres pensamientos o ideas, inciertos, vagos, sobre los cuales creíamos apoyarnos, sin haberlos examinado, ceden al peso de los postreros instantes como si fueran débiles juncos. Entonces, buscamos vanamente un refugio entre diversas reflexiones que circulan alocadas o que no son extrañas y que, desde luego, no saben cómo llegar a

nuestro corazón. Nadie nos espera en esa última orilla, donde nada está a punto y donde sólo el espanto es lo que ha quedado en pie.

III

Bossuet, el gran poeta de la tumba[1], ha dicho en algunas de sus páginas: “No es digno de un cristiano –añadamos de un hombre– no preocuparse de la muerte sino en el momento en que se presenta para llevárselo”. Sería saludable para cada uno de nosotros prepararse una idea sobre ella en la claridad de los días y durante la fuerza de su inteligencia, que aprendiese a atenerse a ella. Entonces, diría a la muerte: “No sé quién eres, pues de saberlo sería tu amo; pero en los días en que mis ojos veían más alto que hoy, pude saber lo que eres; eso basta para que tú no te adueñes de mí. De este modo tendría grabada en la memoria una imagen sometida ya a prueba, experimentada, contra la cual no prevalecerían las últimas angustias y en las cuales irían a serenarse las miradas inquisitoriales de los fantasmas. En lugar de la pavorosa oración de los agonizantes, que es la oración de los abismos, el moribundo diría su propia oración, la de las cumbres de su vida, donde estarían reunidos como ángeles de paz de los pensamientos y las ideas más claras y radiantes de su existencia. ¿No era la oración por excelencia? ¿Qué es, en el fondo, una verdadera oración sino el esfuerzo más ardiente y más desinteresado por llegar a poseer lo desconocido?

IV

Napoleón decía: “Hace tiempo los médicos y los curas hacen la muerte dolorosa”. Según la frase de Bacon “Pompa mortis magis tenet quam mors ipsa”. Aprendamos, pues, a verla, a mirarla, tal como es en sí misma, es decir, libre de los horrores de la materia y despojada de los terrores de la imaginación. Dejemos a un lado, desde un principio,

[1] El autor alude a las célebres “Oraciones fúnebres” del famoso sacerdote educador de príncipe. (N. del T.)

todo lo que no es suyo. No le imputemos, pues, las torturas de la última enfermedad; eso, no sería justo. Las enfermedades no tienen nada de común con aquello que les pone fin. Las enfermedades pertenecen a la vida y no a la muerte. Nos olvidamos fácilmente de los más crueles sufrimientos que nos traen la y los primeros resplandores de la convalecencia borran los peores recuerdos de la estancia del dolor. Pero llega la muerte, y, al instante, se la agobia con todos los males ocurridos antes de su llegada. Todas las lágrimas pasadas vuelven a nuestros ojos como un reproche y todos los gritos de dolor son otros tantos clamores de acusación contra ella. Ella lleva el peso de los horrores de la Naturaleza o de la ignorancia de la ciencia que han prolongado inútilmente los suplicios en nombre de los cuales se la maldice, a ella, precisamente cuando acaba con ellos.

V

En efecto: si las enfermedades pertenecen a la naturaleza o a la vida, la agonía, que parece ser una propiedad de la muerte, pertenece por entero a los hombres. Por otra parte lo que nosotros tememos más, es la lucha abominable del fin y, sobre todo, el segundo supremo y terrible de la ruptura, que veremos quizá llegar durante largas horas de desesperante impotencia y que, repentinamente, nos precipitará desnudos y desarmados, abandonados por todos y despojados de todo, en un lugar desconocido que es aquel ante el cual el alma humana experimenta los únicos espantos invencibles.

Es una doble injusticia imputar a la muerte los suplicios de ese instante. Más adelante veremos de qué manera, un hombre de hoy, de nuestros días, debe representarse esa incognoscible en el cual la muerte nos arroja, si es que quiere permanecer fiel a sus ideas. Ocupémonos aquí del postrer combate. A medida que la ciencia progresa, se prolonga la agonía que es el momento más espantoso y, por lo menos para aquellos que en él intervienen o que asisten a él – pues a menudo la sensibilidad del que se encuentra “acorralado por la muerte” según la expresión de Bossuet, se encuentra ya muy embotada y no puede percibir más que el rumor lejano de los sufrimientos que la muerte parece acarrearle– es el pináculo del dolor

y del horror humanos. Todos los médicos piensan que su primer deber consiste en prolongar lo más posible las convulsiones más atroces de la agonía desesperada. ¿Quién que se haya encontrado a la cabecera del lecho de un moribundo, no se ha sentido veinte veces impulsado –sin atreverse nunca a hacerlo– a arrojarse a los pies del galeno para pedirle gracia para el infeliz paciente? Los facultativos están tan llenos de certidumbre, y el deber al cual obedecen deja tan poco lugar a la duda, que la piedad y la razón, cegadas por las lágrimas, contienen sus rebeldías y retroceden ante una ley que todos reconocen y veneran la más alta de la conciencia humana.

VI

Algún día ese prejuicio nos parecerá un salvajismo. Sus raíces se hunden en los temores inconfesados que han sobrevivido en el acervo de religiones que, a su vez, han muerto hace tiempo en la razón de los hombres. Por eso los médicos proceden como si estuviesen convencidos de que no existe una tortura conocida que no sea preferible a las que nos esperan en lo desconocido. Parecen persuadidos de que cada minuto pasado entre los sufrimientos, más temibles todavía que aquellos que los misterios de ultratumba reservan al hombre. Y entre dos males, para evitar el que abrigan imaginario, adoptan el real. Por lo demás, si retrasan así el fin de un suplicio que, como dice Séneca, es lo mejor que tiene como suplicio, no hacen sino ceder al error unánime que a diario refuerza el mismo círculo en que se encierra: la prolongación de la agonía que acrecienta el horror de la muerte, exige, a su vez, la prolongación de la agonía.

VII

Por su parte, los médicos, dicen o podrán decir que, en el estado actual de la ciencia, excepción hecha de dos o tres casos, nunca existe una certidumbre de la muerte. No mantener la vida hasta los

últimos límites, aunque ello sea a costa de tormentos insufribles, es quizá igual que matar. Sin duda no existe, una alternativa, entre cien mil, en que el enfermo pueda reaccionar. Por lo tanto, si esa probabilidad existe, lo cual dará, en la mayoría de los casos, sólo algunos días, o a lo más algunos meses de vida, pero una vida que dejará de ser la verdadera y que será, como decía el latino, "una muerte entendida" –prolongada– esos cien mil tormentos no habrán sido vanos. Una sola hora, arrebatada a la muerte, vale toda una existencia de torturas. En esto, se encuentran frente a frente dos valores que no se pueden comparar; y que, si se pretende pesarlos en la misma balanza, hay que amontonar en el platillo que está a la vista, todo lo que nos queda, es decir, todos los dolores imaginables, pues en la hora decisiva ese es el único paso que se tiene en cuenta y el único que pesa lo bastante para hacer subir el otro platillo que no se ve y que está cargado con la densa tiniebla de otro mundo.

VIII

Abultado con tantos horrores extraños, el horror de la muerte se nos manifiesta de tal manera que, sin razonar, le damos la razón. Hay un punto, no obstante, en el cual los médicos empiezan a ceder y a ponerse de acuerdo. Consienten poco a poco, y cuando ya no queda ninguna esperanza, si no en dormir, por lo menos en aligerar las últimas angustias. Antes, ninguno hubiese osado hacerlo; y aun hoy algunos dudan y cuentan como avaros, y gota a gota, la clemencia y la paz cuyo advenimiento detienen –cuando deberán prodigarlo– tratando de debilitar las postreras resistencias, es decir, los sobresaltos más inútiles y más penosos de la vida que no quieren ceder ante el reposo que llega.

No me toca a mí juzgar si su piedad podría ser más audaz. Basta con comprobar, una vez más, que todo eso no tiene nada que ver con la muerte. Todo eso sucede ante ella y debajo de ella. No es la llegada de la muerte lo que es espantoso sino la partida de la vida. No debemos obrar sobre la muerte sino sobre la vida. No debemos obrar sobre la muerte sino sobre la vida. No es la muerte la que ataca a la vida; es la vida la que resiste denodadamente a la muerte. A su

llamada no acuden todos los males, sino que se acercan su cuanto la ven; y si se reúnen en torno de ella, no vienen con ella. ¿Acaso os quejáis al sueño de la fatiga que os acomete, si no os rendís a ella? Todas esas luchas, esas esperas, esas alternativas, esas maldiciones trágicas, se hallan siempre en el borde de la sima a la cual nos arrapamos y nunca del otro lado. Claro es que todas ellas son accidentales y provisionales, y no proceden más que de nuestra ignorancia. Todo lo que sabemos no nos sirve más que para morir más dolorosamente que los animales que no saben nada. Un día llegará en que la ciencia volverá sobre su error y no dudará ya más en acortar nuestros sufrimientos. Un día llegará en que será audaz y obrará sobre seguro; en que la vida, siendo más sabia, y sabiendo que su obra ha terminado, si retirará silenciosamente, como silenciosamente se retirará todas las noches, cuando también su obra termina. Cuando el médico y el enfermo hayan aprendido lo que deben aprender, no habrá ninguna razón ni física ni metafísica, para no considerar que la llegada de la muerte es tan bienhechora como la llegada del sueño. Y aun es posible que, no teniendo que prevenirse ya más, se le rodee de embriagueces más profundas y de ensueños más bellos. En todo caso, y desde hoy, librada de la responsabilidad de todo lo que la precede, será más fácil encararla sin temor y esclarecer lo que la sigue.

IX

Tal como nos la representamos acostumbradamente, detrás de ella se levantan dos estremecimientos de terror: el primero no tiene rostro ni forma e invado por completo nuestro espíritu; el otro es más concreto, más reducido, pero es casi tan poderoso como el otro y conmueve a todos nuestros sentidos. Antes que nada, ocupémonos de este último.

De igual manera que imputamos a la muerte todos los males que la preceden, unimos al espanto que nos inspira, todo cuanto sucede detrás de ella, haciéndolo así, al marcharse, la misma injusticia que al llegar. ¿Es ella acaso la que cava nuestras tumbas y la que nos ordena que guardemos en ella lo que está hecho para desaparecer?

Si no podemos pensar sin horror en lo que dentro de aquel lugar se transforma el ser amado, ¿por qué no pensar si ha sido ella, la muerte, o nosotros los que lo pusimos allí dentro? Porque ella se lleva el espíritu a un punto que ignoramos, ¿le vamos a reprochar lo que nosotros hacemos con los despojos que deja en nuestras manos? Ella desciende entre nosotros para trasladar una vida o cambiar su forma; juzguémosla por lo que hace y no por lo que nosotros hacemos cuando aún ella no se ha presentado o después que se ha ido. Y cuando ya está lejos, empieza el espantoso trabajo, que nos esforzamos en hacer durar el mayor tiempo posible, y que, parece ser, es el único consuelo que tenemos contra el olvido. Sé muy bien que ese trabajo, mirado desde bastante alto, la carne que se descompone no es más repugnante que una flor que se marchita o una piedra que se desmenuza. Pero, en fin, ese trabajo afanoso contenta nuestros sentidos, admira a nuestra memoria, seduce nuestro valor, siendo así que sería fácil evitar esa prueba dañina. El recuerdo, purificado por el fuego, vive en lo azul como una bella idea; y la muerte no es más que un renacer inmortal en un hogar en llamas. Así lo comprendieron los pueblos más sabios y felices de la historia. Lo que ocurre en nuestras tumbas, al propio tiempo que corrompe nuestros cuerpos, envenena nuestras ideas y pensamientos. La imagen de la muerte, en la mente de los hombres, depende, ante todo, de la forma de la sepultura, y los ritos funerarios no se preocupan solamente de la suerte de los que se quedan, pues éstos levantan en el fondo de sus vidas la gran imagen en la cual se sus miradas se tranquilizan o se desesperan.

X

No existe, pues, más que un temor inherente a la muerte y es aquel que nos produce lo desconocido en el cual aquélla nos sume. Al encarar este temor, no perdamos tiempo en desechar de nuestro espíritu todo aquello que dejaron en él las religiones positivas.

Recordemos que nosotros no tenemos la obligación de demostrar que ninguna de ellas se ha probado; ellas son las que deben demostrar que son verdaderas. Y además, ni una sola nos aporta una prueba ante la cual se pueda inclinar una inteligencia de buena fe. Y

aun no sería suficiente que pudiese inclinarse. Para que el hombre pudiese creer legítimamente y limitar así su investigación infinita, sería necesario que esa prueba fuera irrecusable. El Dios que nos ofrece la mejor y la más poderosa de entre ellas, nos ha dado nuestra razón para que usemos de ella en toda su plenitud y en toda su lealtad, es decir, para intentar llegar, antes que todo y en todas las cosas, a aquello que le parezca que es la verdad. Ahora bien: ese Dios, ¿puede exigir de nosotros que a pesar de esa razón, aceptemos una creencia cuyos más notables y ardientes defensores no niegan su incertidumbre desde el punto de vista humano? No nos ofrece más que una historia de las más dudosas, que, aun establecida científicamente, no sería más que una lección de moral, sostenida con milagros y profecías no menos dudosos. ¿Es preciso recordar aquí que Pascal, para defender esta creencia, que ya empezaba a bambolearse en el momento mismo en que parecía estar en su apogeo, intentó en vano ofrecer una demostración, cuyo aspecto bastaría para destruir los últimos destellos de fe que quedasen en un espíritu vacilante? Si una sola de las pruebas que nos ofrecen los teólogos –que Pascal conocía mejor que nadie, pues de ello hizo el estudio exclusivo de los últimos años de su vida– si una sola de esas pruebas pudo resistir al examen, su genio –uno de los tres o cuatro genios más profundos de los que ha poseído la humanidad– le hubiese dado una fuerza irresistible. Pero él no se entretiene con esos argumentos cuya debilidad conoce demasiado; los separa a un lado con desdén y de su inocuidad saca como una gloria y un placer. "¿Quién criticará, entonces, a los cristianos, por no poder dar la razón de su creencia, cuando profesan una religión de la que no pueden dar razón? Al exponerla ante el mundo, declaran que es una necedad – *stultitiam* - y después; ¡os quejáis de que no la prueben! Si la probasen no darían razón a su palabra; faltándoles las pruebas es como no les falta el sentido".

Su único argumento, el único al cual se agarra y el único al cual consagra todas las potencias de su genio, es la misma condición del hombre en el universo, mezcla inconcebible de miseria y de grandeza que no se puede explicar sino por el misterio del pecado original "pues el hombre es más inconcebible sin ese misterio, que éste lo es para el hombre". Se ve reducido, pues a establecer la veracidad de esas mismas Escrituras que se ponen en tela de juicio y, lo que es más grave todavía, a explicar un gran misterio incontestable, ancho y

profundo, valiéndose de otro misterio estrecho, pequeño y bárbaro, que no reposa más que en la leyenda que trata de probar. Y, dicho sea de paso, es algo muy funesto eso de reemplazar un misterio por otro misterio menor. En la graduación de lo desconocido, la humanidad asciende siempre de lo más pequeño a lo más grande. Lo contrario: descender de lo más grande a lo más pequeño, es volver al salvajismo primitivo en el que se llega hasta reemplazar el infinito por un fetiche o amuleto. La grandeza de los hombres se mide por la de los misterios que cultivan o ante los cuales se detienen.

Volviendo a Pascal, se ve que siente que todo se derrumba y, en esa derrota de la razón humana, nos propone, al fin, la monstruosa apuesta que es a la vez la suprema confesión del fracaso y de la desesperación de su fe. Dios, dice, es decir, su Dios, y la religión cristiana, con todos sus preceptos y sus consecuencias, existe o no existe. Con argumentos humanos no podemos probar que existe o que no existe: "Si existe un Dios, es infinitamente incomprensible, puesto que no teniendo partes, ni límites, no tiene ninguna relación con nosotros. Somos, pues, incapaces para saber lo que es, ni si es". Está o no está. "Pero, ¿de qué lado nos inclinaremos? La razón no puede determinar nada. Un caos infinito nos separa. Al final de esa distancia infinita se juega una partida en la que saldrá cara o cruz. ¿Qué queréis ganar? Razonablemente, no podéis obtener ninguna de las dos; razonablemente, no podéis defender ninguna de las dos". –Lo justo sería no apostar nada–. "Sí, pero es que es preciso apostar. Eso no depende de vuestra voluntad, puesto que ya estáis embarcado en la aventura". No apostar que Dios existe, es apostar que no existe, por lo cual os castigará eternamente. ¿Qué perdéis entonces con apostar, en último término, que existe? Si no existe, habréis perdido algunos placeres miserables y algunas pobres comodidades de esta vida, dado que vuestros pequeños sacrificios no serán recompensados; si existe, os ganáis una eternidad de felicidades incontables. -"Es cierto, pero a pesar de todo, estoy hecho de tal manera, que no puedo creer"-. Eso no importa; seguid el camino que emprendieron los que ahora creen y que antes tampoco creían: "Haciendo como si creyesen, tomando agua bendita, haciendo decir misas, etc. Naturalmente eso, os hará creer y os irá atontando. –Precisamente, eso es lo que temo–. ¿Y por qué? ¿Qué tiene usted que perder?"

Cerca de tres siglos de apologética, no han añadido un solo argumento de valor a esta página terrible y desesperada de Pascal. Eso es, pues, todo lo que ha podido encontrar la inteligencia humana para obligarnos a creer. Si el Dios que exige fe de nosotros, no quiere que nos decidamos según los dictados de nuestra razón, ¿con arreglo a qué tendremos que proceder en nuestra elección? ¿Según la costumbre? ¿Según las casualidades de la raza o el nacimiento? ¿Según no se sabe qué azar estético o sentimental? ¿O es que ha puesto en nosotros otra facultad más elevada y más segura ante el cual debe ceder el entendimiento? Y si es así, ¿dónde se encuentra esa facultad? ¿Cómo se llama? Si ese Dios nos castiga por no haber seguido ciegamente una fe que no se impone irresistiblemente a la inteligencia que él mismo nos ha dado; si él nos castiga por no haber elegido, ante el gran enigma que él mismo nos impone, y cuya elección rechaza lo mejor que él mismo ha puesto en nosotros, que es lo más parecido a él mismo, entonces no tenemos nada más que contestar: somos las víctimas de una espantosa trampa y de una inmensa injusticia. Y cualesquiera que sean los suplicios con que ésta nos aflija, serán siempre menos intolerables que la eterna presencia del que es su autor.

CAPÍTULO II

EL ANIQUILAMIENTO

I

Henos aquí ante el abismo. Está completamente libre de todas las visiones con que lo habían llenado nuestros padres. Ellos creían saber lo que hay en él; nosotros sólo sabemos lo que no hay en él. Se ha agrandado con todo lo que aprendimos a ignorar, en espera de que una certeza científica pueda romper esas tinieblas -pues el hombre tiene derecho a esperar el advenimiento de aquello que todavía no concibe- que es lo único que nos interesa, porque se encuentra dentro del minúsculo círculo que traza nuestra inteligencia actual en lo más negro de la noche, y que consiste en saber si lo desconocido hacia el cual vamos, es o no temible.

Fuera de las religiones, cuatro soluciones y no más, se pueden imaginar: el aniquilamiento total; la supervivencia con nuestra conciencia actual; y la supervivencia sin ningún género de conciencia, y, en fin, la supervivencia en la conciencia universal o con una conciencia que no es la misma que tenemos en este mundo.

El aniquilamiento total es imposible. Somos prisioneros de un infinito sin salidas donde no perece nada, sino que se dispersa, sin perderse nada tampoco. Ni un cuerpo, ni una idea o pensamiento pueden caer fuera del Universo, fuera del tiempo, ni fuera del espacio. Ni un átomo de nuestra carne, ni una vibración de nuestros nervios podrán ir a parar a un lugar donde nada existe. La claridad de una estrella, muerta desde hace millones de años, está errante todavía en el éter, donde nuestros ojos la verán quizá eta noche, mientras ella sigue en curso sin final. Así sucede con todo lo que vemos y con todo lo que no vemos. Para poder aniquilar una cosa, es decir, arrojarla en la nada, sería preciso que la nada existiese; y si existe, no importa bajo qué forma sea, ya no es la nada. Desde el momento que intentamos

analizar, definirla o comprenderla, encontramos a faltar ideas y pensamientos y aun expresiones o bien se nos ocurre aquéllos que la niegan mejor. Concebir la nada es tan contrario a la naturaleza de nuestra razón y, verosímilmente, de toda razón imaginable, como concebir un límite al infinito. Todo lo más sólo es un infinito negativo, una especie de infinito hecho de tinieblas y en oposición al que nuestra inteligencia se esfuerza por esclarecer, o mejor aún, un nombre con que ella misma -la razón- ha bautizado lo que no podía abarcar, dado que nosotros llamamos “nada” a todo lo que escapa a nuestra razón aunque a pesar de eso exista. Pero, se dirá quizá, si el aniquilamiento de los mundos y de las cosas es imposible, es menos cierto que mueran; y para nosotros ¿qué diferencia existe entre la nada y la muerte eterna? Aquí, todavía, nuestra imaginación y las palabras nos inducen al error. Así como no podemos concebir la nada, no podemos tampoco concebir la muerte. Con ese nombre, tapamos las pequeñas partes de la nada que creemos conocer; pero, mirando desde más cerca, debemos reconocer que la idea que nos hacemos de la muerte es demasiado pueril para que pueda contener el menor asomo de verdad. La idea no es mucho más alta que nuestra estatura y así, no puede mensurar los destinos del Universo. Llamamos “muerte” a todo lo que tiene una vida algo diferente a la nuestra. Así pensamos de un mundo que nos parece inmóvil y helado, como por ejemplo la Luna, porque estamos persuadidos de que toda existencia vegetal o animal se ha extinguido en ellos para siempre jamás. Pero desde hace algunos años hemos aprendido que aun la materia que en apariencia es más muerta, está animada de movimientos tan poderosos y enérgicos que, en comparación con ellos, cualquiera vida animal o vegetal no es más que un sueño e inmovilidad en relación con los torbellinos vertiginosos de la energía inconmensurable que encierra cualquier guijarro del camino. “*There is no room for death!*” “¡*No hay lugar para le muerte*!” – exclama en algún sitio la gran Emilia Bronte. Pero aun cuando en la noche infinita de los tiempos, toda la materia se volviese realmente inerte e inmóvil, no dejaría por eso de subsistir en una u otra forma, pero existiría; y existir, aunque fuese en una inmovilidad absoluta, no sería en definitiva, más que una forma, al fin estable y silenciosa de la vida. Todo lo que muere cae en la vida; y todo lo que nace tiene la misma edad que lo que muere. Si la muerte nos llevase a la nada, ¿acaso el nacimiento nos habría traído de ese mismo sitio? ¿Por qué esto habría de ser más imposible que aquello? Cuanto más se eleva y se ensancha el

pensamiento humano, menos comprensibles aparecen la nada y la muerte. En todo caso, y eso es lo que aquí importa, si la nada existiese, no pudiendo ser cualquiera cosa que sea, no sería temible de ningún modo.

CAPÍTULO III

LA SUPERVIVENCIA DE LA CONCIENCIA

I

Viene después la supervivencia con nuestra conciencia actual. He tratado esta cuestión en un ensayo sobre la *Inmortalidad*, del que reproduciré algunos párrafos esenciales, limitándome a apoyarlos con algunas nuevas consideraciones.

¿De qué, pues, se compone ese sentimiento del yo que hace de cada uno de nosotros el centro del Universo, el solo punto importante en el tiempo y el espacio? ¿Está formado por sensaciones de nuestro cuerpo o por pensamientos, independientes de éste? Nuestro cuerpo, ¿tendrá conciencia de sí mismo, sin nuestro pensamiento? Y de otra parte: nuestro pensamiento, sin nuestro cuerpo, ¿qué sería? Sabemos de cuerpos sin pensamientos, pero no sabemos que existan de ningún modo pensamientos fuera de cuerpos.

Una inteligencia que no tuviera ningún sentido, ningún órgano para crearlos y alimentarlos es muy posible que exista; pero es imposible imaginar que nuestra inteligencia pueda existir de esa manera permaneciendo igual que aquélla que cobraba de nuestra sensibilidad todo lo que la animaba.

Este yo, tal como nos lo imaginamos cuando damos en pensar en las consecuencias de su destrucción, no es, pues, ni nuestro espíritu, ni nuestro cuerpo, puesto que reconocemos que estos dos son dos corrientes que se deslizan y se renuevan sin cesar. ¿Sería, acaso, un punto inmutable que no sería tampoco ni substancia ni forma, siempre en evolución, ni tampoco la vida, causa o efecto de la substancia y de la forma? En rigor de verdad nos es imposible definirlo, cogerlo siquiera sea con nuestro entendimiento, ni decir dónde reside. Cuando se quiere remontar hasta sus últimas raíces, no se encuentra más que

una serie de recuerdos, una serie de ideas por demás confusas y variables dependientes del mismo instinto de vida; un conjunto de costumbres propias de nuestra sensibilidad y reacciones conscientes o inconscientes contra los fenómenos que nos rodean. En resumen, el punto más fijo de esta nebulosa, es nuestra memoria, la que por otra parte parece una facultad bastante exterior, bastante accesoria, o por lo menos una de las más frágiles de nuestro cerebro y una de las que desaparecen más rápidamente al menor trastorno de nuestra salud. "Eso mismo -ha dicho muy justamente un poeta inglés que pedía a gritos la eternidad- es lo que perecerá en mí".

II

Pero no importa; ese yo tan incierto, tan fugaz, tan fugitivo y tan precario, es de tal manera el centro de nuestro ser, interesa tan exclusivamente, que todas las realidades se eclipsan ante ese fantasma. Nos es indiferente que durante la eternidad, nuestro cuerpo o su substancia experimente todas las felicidades y guste de todas las glorificaciones, todas las transformaciones más magníficas y deliciosas, se vuelva flor, perfume, belleza, claridad, éter, estrella; –y es cierto que así sucede y que nuestros muertos hay que buscarlos en el espacio, en la luz y en la vida y no en los cementerios–; nos es asimismo indiferente que nuestra inteligencia se desvanezca hasta mezclarse con la existencia de otros mundos comprendiendo y dominando esa existencia. Estamos persuadidos de que todo eso no nos afectará de ninguna manera, no nos producirá ningún placer, no nos llegará nunca, a no ser que esta memoria de algunos hechos, casi siempre insignificantes, nos acompañe y sea testigo de esas felicidades imaginarias –se dice ese yo que está obligado a no comprender nada– que esas partes más altas, más libres y más bellas de mi espíritu, vivan eternamente en la luz y la dicha supremas; ya no me pertenecen y por lo tanto ya no las conozco. La muerte ha destruido el resorte de los nervios o de recuerdos que los unía a no sé qué centro en el que se encuentra el punto que yo siento que es mi yo, todo entero. Desligadas así esas partes y flotando en el espacio y en el tiempo, su destino me es tan desconocido como el de las más

lejanas estrellas. Todo lo que suceda sólo existe para mí en cuando pueda relacionarlo a este ser misterioso que está no sé dónde y precisamente en ninguna parte y que yo paseo como un espejo por el mundo donde los fenómenos no toman cuerpo más que cuando se reflejan en él.

III

De esa manera nuestro deseo de inmortalidad se destruye al formularse, toda vez que apoyamos todo el interés de la supervivencia en parte accesorias y fugaces de nuestra existencia. Nos parece que si ésta no se prolonga con la mayoría de las miserias, de las pequeñeces y de los defectos que la caracterizan, nada la distinguirá de la de los otros seres; y que será como una gota de ignorancia en el océano de lo desconocido y que desde ese momento todo lo que suceda en adelante, ya no nos interesa para nada.

¿Qué inmortalidad se puede prometer a los hombres que casi necesariamente se la imaginan de esa manera? ¿Qué hacer entonces? Nos dice un instinto pueril mucho más profundo. Cualquiera inmortalidad que no arrastre en pos de sí la cadena de forzado que fuimos nosotros y para ella sería esta bizarra conciencia formada durante algunos años de movimiento, cualquiera inmortalidad que no lleve ese signo indeleble de nuestra identidad, para nosotros es como si no existiese. La mayor parte de las religiones lo han comprendido bien, pues han tenido en cuenta ese instinto que desea y destruye al mismo tiempo la supervivencia. Por eso la iglesia católica, remontándose hasta las esperanzas más primitivas, nos garantiza no solamente la existencia de nuestro yo terrenal, sino además la resurrección de nuestra propia carne.

He ahí el punto central del enigma. Esa pequeña conciencia, ese sentimiento de un yo especial, casi infantil y cuando más extraordinariamente limitado, debido sin duda a la debilidad de nuestra inteligencia actual, exigir que nos acompañe en lo infinito de los tiempos para que comprendamos ese mismo infinito, del que ya gozamos o disfrutamos, ¿no es lo mismo que querer percibir un objeto

por medio de un órgano que no está destinado para esa percepción? ¿No es acaso lo mismo que querer que nuestra mano descubra la luz o que nuestros ojos sean sensibles a los perfumes? ¿No sería también lo mismo que si un enfermo para recobrarse y estar seguro de que es él mismo, creyese necesario continuar su enfermedad durante el estado actual de salud durante la continuidad de sus días? Esta separación por otra parte es más justa y exacta que otras comparaciones que se acostumbran a hacer. Representaos un ciego que al mismo tiempo sea paralítico y sordo. Suponed que nació y así que de esa manera ha llegado a cumplir treinta años. ¿Cuál habría sido el trabajo del tiempo en los días de esa pobre vida? Ese desgraciado debe haber recogido en el fondo de su memoria y en defecto de otros recuerdos algunas pobres sensaciones de calor y frío, de fatiga y de descanso, de dolores físicos más o menos agudos, de sed y de hambre. Es probable que todas las alegrías humanas, todas las esperanzas y todos los ensueños de ideales y de nuestros paraísos, se reducirán para él al bienestar confuso de un alivio de un dolor cualquiera. He ahí, pues, la sola envoltura de que es posible discernir para esa conciencia y para ese yo. La inteligencia al no ser nunca solicitada por el exterior, dormirá profundamente y se ignorará a sí misma. No obstante ese infeliz tendrá una vida a su modo, a la cual se aferrará por lazos tan estrechos y tan ardientes como los del hombre más afortunado. Temerá a la muerte y la idea de entrar en la eternidad sin llevarse las emociones y los recuerdos de su estado, de sus tinieblas y de su silencio, lo sumirá en la desesperación en la cual nos sume el pensar que hemos de abandonar, por los fríos y las sobras de la tumba, toda una existencia de gloria, de luz y de amor.

IV

Supongamos que un milagro hace animar de repente en ese sujeto los ojos y los oídos haciéndole asistir por la ventana abierta en su cuarto y desde su lecho la aurora brillando en la campiña, el canto de los pájaros en los árboles, oyendo el murmullo del viento en las hojas y el del agua en su incesante pasar, la llamada transparente de voces humanas entre las colinas… Supongamos también, para terminar el

cuadro, que el milagro se obrase asimismo en sentido de devolverle el uso de sus miembros. Se levanta, tiende los brazos hacia ese prodigio que para él todavía no tiene parecido ni nombre: ¡la luz! Abre la puerta vacilando entre todos los deslumbramientos y todo su cuerpo se funde con todas esas maravillas. Penetra en una vida indescriptible, en un cielo que ningún sueño había podido presentir y, por un capricho, por cierto muy admisible en esa clase de curaciones, al introducirlo la salud en ese mundo para él inconcebible, borra también en él todo recuerdo de sus sufrimientos.

¿Cuál será el estado de ese yo, de ese foco central, receptáculo de todas nuestras sensaciones, punto en el que se converge todo lo que pertenece en propiedad a nuestra vida, punto supremo, punto "egótico" de nuestro ser, si es que se puede aventurar ese neologismo? Una vez abolida la memoria, ¿podrá encontrar ese hombre en sí mismo alguna huella del hombre anterior que fue? Al despertarse y desplegarse esa fuerza nueva que es la inteligencia, desarrollando de punto una actividad insospechada, ¿qué relación guardará con el germen inerte y sombrío de dónde procede? ¿A qué continuar subsistiendo? ¿Subsistirá en él algún sentimiento o algún instinto, independiente de la memoria, de la inteligencia y de quién sabe qué otras facultades, que le hará reconocer que es verdaderamente en él mismo en quien acaba de producirse el milagro liberador, que es verdaderamente su vida y no la de su vecino, la que, transformada, incognoscible, pero substancialmente idéntica a la de su vecino, la que saliendo de las tinieblas y del silencio, se baña en la luz y en la armonía? ¿Podemos imaginar el trastorno, los flujos y reflujos de esa conciencia alocada? ¿Sabemos acaso de qué manera el yo de ayer se unirá al yo de hoy, y cómo el punto "egótico", el punto sensible de la personalidad, que es el único que nos interesa mantener intacto, se manifestará en esos delirios y en esos trastornos?

Tratemos antes de contestar con una precisión que sea satisfactoria a esta pregunta que es del dominio de nuestra vida actual y visible; y si no podemos hacerlo, ¿cómo vamos a esperar resolver el otro problema que se alza ante cualquier hombre en el instante de morir?

V

Ese punto sensible en el que se resume todo el problema, pues es el único que está a discusión; y a reserva de lo que le concierne, la inmortalidad es cierta, ese punto misterioso al cual, en presencia de la muerte concedemos un precio tan alto, es extraño que lo perdamos de vista en todo momento de la vida, sin experimentar por ello la menor inquietud. No solamente lo aniquilamos todas las noches durante el sueño, sino que aun estando despiertos se encuentra a la merced de una infinidad de accidentes. Una herida, un choque, una indisposición, algunas copas de alcohol, un poco de opio, un poco de humo, bastan para alterarlo. Hasta cuando nada lo conmueve, no es constantemente sensible. A menudo es preciso un esfuerzo, un retorno sobre nosotros mismos para volver a adueñarse, para tener conciencia de que nos ocurre tal o cual cosa. A la menor distracción, pasa en torno nuestro una felicidad sin rozarnos y sin ofrecernos placeres que en sí encierra. Se diría que las funciones de ese género por el cual gustamos la vida y la relacionamos con nosotros mismos, son intermitentes, y que la presencia de nuestro yo no es más que una continuación rápida y continuada de marchas en sentido de ida y de vuelta, excepción hecha de los casos en que aparezca el dolor. Lo que no nos tranquiliza es que, al despertarnos después de la herida, el choque, o la distracción, nos creemos seguros de encontrar ese punto intacto, en el lugar mismo donde estamos persuadidos de que existe, y lo mismo como lo sentíamos frágil y vulnerable y a punto de desaparecer para siempre en la espantosa sacudida que separa la vida de la muerte.

VI

Afirmemos, ante todo, una verdad preliminar, –en espera de otras que, sin duda, nos descubrirá el porvenir– y es que en estas cuestiones de la vida y la muerte, nuestra imaginación no ha salido del período infantil. En casi todo lo demás, nuestra imaginación se adelanta a la razón, pero en esas nociones se entretiene todavía con los juegos de las primeras edades. Se rodea de ensueños y de deseos

bárbaros, con los cuales mecía los temores y las esperanzas del hombre de las cavernas. Pide cosas que, por ser muy pequeñas, son imposibles. Exige privilegios que, una vez obtenidos, serían más temibles que los mayores desastres con que nos amenaza el aniquilamiento. ¿Podemos pensar sin estremecernos en lo que sería de nosotros, en una eternidad encerrada por completo en nuestra ínfima conciencia actual? Y ved cómo, en todo esto, obedecemos a los caprichos ilógicos de aquella que antes se llamaba "la loca del desván". ¿Quién de nosotros que se durmiese esta noche con condición de perder todo recuerdo de su vida anterior -¿esos recuerdos no serían inútiles?- quién de nosotros no acogería ese sueño secular con la misma confianza que el dulce y breve dormir de todas las noches? No obstante, entre ese sueño de cien años y la muerte verdadera, no habría más diferencia que la de ese despertar lejano, despertar que sería tan extraño para el que se hubiese dormido como lo sería el nacer de un hijo póstumo.

O bien, suponed, dice sobre poco más o menos Schopenhauer, dirigiéndose a alguien que no quiere admitir la inmortalidad sin abarcar en ella su conciencia; suponed que, para libraros de algún dolor insoportable, os sometéis a un sueño absolutamente inconsciente, durante tres meses, garantizándoos primero la vuelta a la conciencia, ¿qué haríais? Lo aceptaríais de muy buena gana. Pero si transcurridos los tres meses resultase que no os despertasen porque se hubiesen olvidado y que no os despertasen hasta después de diez mil años, ¿cómo os enteraríais de ello? y una vez que ha empezado el sueño, ¿qué importa que dure tres meses o siempre más?

VII

Convengamos, pues, en que todo lo que compone nuestra conciencia, proviene primero de nuestro cuerpo. Nuestro pensamiento no hace sino organizar aquello que se le suministre por nuestros sentidos; y las imágenes y las palabras -las palabras que en el fondo no son más que imágenes- con la ayuda de las cuales la conciencia se esfuerza por arrancarse de esos sentidos, lo ofrecen ocasión para negar la realidad de los mismos. Esas palabras e imágenes se las

ofrecen los sentidos. ¿Cómo ese pensamiento podría continuar siéndolo si no le quedase nada de lo que lo formaba? Cuando yo no tenga cuerpo, ¿qué se llevará consigo al infinito para reconocerse, cuando únicamente se reconoce gracias a ese cuerpo precisamente? ¿Se llevará algunos recuerdos de una vida común? ¿Acaso esos recuerdos que ya se borraban en este mundo, bastarán para separarlo eternamente del resto del Universo, en el espacio sin límites y en el tiempo indefinido? Pero, se dirá, en nuestro yo, no hay solamente lo que en él descubre nuestra inteligencia. Hay en nosotros muchas cosas en las cuales nuestros sentidos no entran para nada; se encierra en nosotros un ser superior al cual no conocemos. Es probable; cierto, si queréis. Lo inconsciente, es decir, lo que representa el Universo, es enorme y preponderante. Pero, ¿de qué manera el yo que nosotros conocemos y cuya suerte es lo único que nos interesa, podrá reconocer todas esas cosas y ese ser superior que nunca ha conocido? ¿Qué hará cuando se encuentre en presencia de ese “extranjero”? Si me decís que soy yo mismo, está bien. Mas aquello que sobre esta tierra sentía y medía mis alegrías y dolores y hacía nacer algunos de los recuerdos y pensamientos que me quedan, ¿eran acaso ese desconocido inmóvil e invisible que existía en mí sin que yo lo sospechase, como probablemente yo voy a vivir con él, sin que él se ocupe de una presencia que sólo le proporcionará la pobrísima memoria de una cosa que ya no existe? Ahora que ha ocupado mi lugar, destruyendo todo lo que formaba mi pequeña conciencia de este mundo para adquirir una conciencia mayor, ¿no comienza otra vida en la cual la felicidad y el sufrimiento pasarán por encima de mi cabeza sin rozar con sus alas lo que yo me siento ser hoy?

VIII

En fin: ¿cómo explicar que en esa conciencia que debería sobrevivirnos, no haya dejado ninguna huella el infinito que precede a nuestro nacimiento? ¿No teníamos ninguna conciencia en ese infinito o la perdimos al aparecer en la tierra; y la catástrofe que produce todo el terror de la muerte, no podría haberse producido en el instante de

nacer? No se podría negar que ese infinito tiene sobre nosotros los mismos derechos que el que sigue a nuestro fallecimiento. Somos tan hijos del primo como del segundo y necesariamente participamos de los dos. Si sostenéis que existiréis siempre, tenéis que admitir que habéis existido desde siempre; no se puede imaginar el primer, sin verse obligado a imaginar también el otro. Si nada acaba, nada empieza, dado que ese principio sería el fin de alguna otra cosa anterior. Y, aun admitiendo que yo exista desde siempre, no tengo conciencia alguna de mi existencia anterior, mientras que me será necesario llevar hasta los horizontes sin límites de los siglos, indefinidos, la pequeña conciencia que he adquirido en el pequeño instante que transcurre entre mi nacimiento y mi muerte. Mi yo verdadero que va a ser eterno, no dataría más que de mi corto paso por la tierra; toda la eternidad anterior, que equivale exactamente a la posterior, puesto que es la misma (con el pequeño paréntesis en el medio, de mi existencia), ¿no significaría entonces nada? ¿De dónde viene ese privilegio extraño que se concede a algunos días insignificantes en un planeta? – ¿Acaso porque en esa eternidad anterior no teníamos ninguna conciencia?– ¿Y qué sabemos nosotros a ese respecto? Al contrario, eso parece bastante improbable. Porque esa adquisición de conciencia sería un fenómeno único en una eternidad que tuvo a su disposición millares de casualidades, durante los cuales –a no ser que señalemos un fin a la infinidad de los siglos– es imposible concebir que las miríadas de coincidencias que formaron mi conciencia actual, no se hayan encontrado repetidas veces. Desde que se arroja la mirada sobre los misterios de esa eternidad, en la que, todo lo que sucede debe suceder, parece al contrario más verosímil que hayamos tenido una infinidad de conciencias que nos velan nuestra vida de ahora. Si esas conciencias han existido y, si al morir nosotros, una conciencia ha de sobrevivir, las demás deben también sobrevivir, pues no hay ninguna razón para discernir a la que hemos adquirido aquí un privilegio tan exorbitante. Y si todas esas conciencias sobreviven y se despiertan al mismo tiempo, ¿qué le sucederá a esa pequeña conciencia que data de algunos minutos terrestres, mezclada, sumergida, en esas otras existencias eternas? A lo más, aun cuando ella olvidase todas sus existencias anteriores, ¿qué sería de ella entre los asaltos y los trastornos sin fin de su póstuma eternidad, colocada como un pequeño islote azotado constantemente por dos océanos limitados? No sabría sobrevivir, sino con la condición de no adquirir nada más, de quedarse cerrada para

siempre, aislada y limitada, impenetrable e insensible a todo, en medio de los misterios insospechados, de las maravillas, de los espectáculos fabulosos que tendría que ver y recorrer eternamente, sin ver ni oír nada absolutamente… Y ése sería el peor destino y la muerte peor que nos pudiera esperar. De cualquier modo que sea, henos aquí llevados hacia las hipótesis de la conciencia universal, o de la conciencia modificada que vamos a examinar en el acto.

CAPÍTULO IV

LA HIPÓTESIS TEOSOFISTA

I

Pero, antes de abordar esos problemas, convendría estudiar otras dos soluciones que, si no son nuevas, son interesantes, y que por lo que se refiere a esa cuestión de la supervivencia personal, es lo que se ha renovado menos. Me refiero, con esto, a las teorías neo-teosofistas y neo-espiritistas, que, para mí, son las únicas que se pueden discutir en serio. La primera es casi tan vieja como el hombre, pero un movimiento de opinión bastante intenso en algunos países, ha resucitado y puesto a la luz, la doctrina de la reencarnación o de la transmigración de las almas. No se puede negar que de todas las teorías religiosas, la de la reencarnación es la más plausible y la que menos choca con nuestra razón. Tiene en su favor lo que no se puede despreciar, o sea el apoyo de las religiones más antiguas y más extendidas en el Universo, que son las que, de un modo incontestable, han producido a la humanidad la mayor cantidad de sabiduría y de las cuales no hemos acabado de investigar todavía todas las verdades y misterios. En realidad, toda el Asia, que es de donde procede todo lo que sabemos, ha creído siempre, y sigue creyendo todavía, en la transmigración de las almas.

“No existe –dice muy justamente Annie Bessant, el apóstol tan notable de la nueva Teosofía–, una doctrina de la reencarnación. No hay ninguna que, como ella, tenga en su favor el peso de la opinión de los hombres más concienzudos, ni existe otra, como lo ha declarado Max Müller, en la cual se hayan concordado los filósofos más grandes de la humanidad”.

Todo eso es perfectamente exacto. Pero para arrastrar hoy días nuestras convicciones desconfiadas, se necesitarían otras pruebas. Yo he buscado vanamente una sola prueba en los mejores escritos de los

modernos teosofistas y no he hallado más que afirmaciones repetidas y muy perentorias que flotan en el vacío. El mayor, el principal y, en una palabra, el único argumento de orden sentimental. Ellos sostienen que su doctrina, en la cual el espíritu, en sus vidas sucesivas, se eleva y se purifica más o menos rápidamente según sus esfuerzos y sus méritos, esa doctrina es la única que satisface el instinto irresistible de justicia que llevamos en nosotros. Tienen razón, y desde ese punto de vista, su justicia de ultra-tumba es incomparablemente superior a la del cielo bárbaro y del monstruoso infierno de los cristianos, en donde se castiga o se premia eternamente, faltas y virtudes, la mayor parte de veces pueriles, inevitables o fortuitas. Pero eso, repito, no es más que un argumento sentimental, que, en la demostración de pruebas, no tiene más que un valor muy pequeño.

II

Se puede reconocer que algunas de sus hipótesis son bastantes ingeniosas, y lo nos refieren del papel de los “Coques” por ejemplo, o de las “Elementales” en los fenómenos espiritistas, equivale poco más o menos a nuestras torpes explicaciones fluídicas o nerviosas. Quizá –y aun sin quizá– tienen razón cuando afirman que alrededor de nosotros está lleno de formas y especies vivas y diversas, inteligentes e innumerables “tan diferentes entre ellas como lo es una brizna de hierba de un tigre”, y un tigre de un hombre” que se codean con nosotros sin cesar a través de las cuales pasamos sin apercibirnos. Vamos de uno a otro extremo. Si todas las religiones llenaron el mundo con seres invisibles, nosotros lo hemos despoblado por completo y es muy posible que un día se reconozca que el error no estaba don se creía. Como lo dice muy bien en una página curiosa, Sir William Crookes: “No es improbable que existan otros seres provistos de sentidos cuyos órganos correspondan con los rayos de luz, a los cuales nuestra vista es sensible, pero que sean aptos para percibir otras vibraciones que nos dejan indiferentes. Tales seres vivirían en realidad en un mundo distinto del nuestro. Figuraos, por ejemplo, aquí idea nos haríamos de los objetos que nos rodean, si nuestros ojos en lugar de ser sensibles a la luz del día, sólo lo fueran a las vibraciones

eléctricas y magnéticas. El vidrio y el cristal tornaríanse cuerpos opacos, los metales serían más o menos transparentes, y un hilo telegráfico suspendido en el aire parecería un largo y estrecho agujero, atravesando un cuerpo de una solidez impenetrable. Una máquina electro-dinámica en acción daría la impresión de un incendio, mientras que un imán realizaría el sueño de los místicos de la Edad Media y se convertiría en una lámpara perpetua, ardiendo sin consumirse y sin que fuera necesario alimentarla de ninguna manera.

Todo esto, y tantas otras cosas que afirman, sería, si no aceptable, por lo menos digno de atención, siempre y cuando esas suposiciones fuesen presentadas por lo que son, vale decir, hipótesis antiquísimas que se remontan a las primeras edades de la teología y de la metafísica humanas; pero en cuanto se las transforma en afirmaciones categóricas y doctrinales, conviértanse al instante en insoportables.

Nos prometen, por otra parte, que ejercitando nuestro espíritu, afinando nuestros sentidos y sutilizando nuestro cuerpo, podremos vivir con aquellos que llamamos muertos, y con los seres superiores que nos rodean. Todo esto no parece llevar a gran cosa y descansa sobre bases muy frágiles, sobre pruebas muy vagas procedentes del sueño hipnótico, de los presentimientos, de la médiumnidad, de los fantasmas, etc. Es muy sorprendente que algunos de entre ellos, llamados “Clarividentes”, que pretenden estar en comunicación con ese mundo de desencarnados y con otros mundos más cercanos a la divinidad, no nos presenten nada concluyente. Nosotros necesitamos otras cosas más que las teorías arbitrarias “de la tríada inmortal”, de los “tres mundos”, del “cuerpo astral”, del “átomo permanente” o del “ama-Loka”. Admitido que su sensibilidad es más aguda, su percepción más sutil, su intuición espiritual más penetrante que la nuestra, ¿por qué no llevan adelante sus investigaciones del lado de los fenómenos aun muy esparcidos, controvertidos pero aceptables de la memoria prenatal, pongo por caso, que cito al azar, entre tantos otros? No deseamos otra cosa sino dejarnos convencer, porque todo aquello que aporte algo de importancia, al desarrollo, y a la duración del hombre, debe ser acogido con viva satisfacción. [1]

---

[1] Para conocer la exacta verdad sobre el movimiento y las primeras manifestaciones neoteosóficas, léase el muy notable informe redactado después de una imparcial cuanto rigurosa prueba, por el Dr. Hodgson, enviado especialmente a las Indias por la S. P. R. Devela magistralmente los fraudes evidentes y a menudo burdos de la célebre Mme. Blavatsky y de todo el estado mayor neoteosófico. (“Proceedings”, tomo III, “Hodgson’s Report on Phenomena connested with Theosophy”, págs. 201- 400).

CAPÍTULO V

LA HIPÓTESIS NEO-ESPIRITISTA

Las apariciones

Fuera de la teosofía, se han efectuado investigaciones puramente científicas, en esas regiones desconcertantes de la supervivencia y de la reencarnación. El neo-espiritismo o psiquismo, o espiritualismo experimental, nació en América del Norte en 1870. Sir William Crookes, –el hombre genial que abrió la mayor parte de los caminos al final de los cuales se descubrieron con la consiguiente estupefacción propiedades y estados desconocidos de la materia desde el año siguiente organizó las primeras experiencias rigurosamente científicas. Y ya en 1873-74 con la ayuda del médium Miss Coock, obtenía fenómenos de materialización que luego no han adelantado mucho más. Pero, sobre todo, el verdadero empuje de la nueva ciencia viene de la fundación de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas (*Society for Psychical Research* — S. P. R.). Esta sociedad se fundó en Londres hace mucho más de un cuarto de siglo, bajo los auspicios de los sabios más ilustres de Inglaterra y emprendió, como es sabido, el estudio metódico y riguroso de todos los hechos de psicología y de sensibilidad supranormales. El estudio o investigación, dirigido por Gurney, Myers y Podmore, y continuado después por sus sucesores, constituye una obra maestra de paciencia y de probidad científicas. Ningún hecho se ha admitido, en esos estudios, que no haya sido corroborado por testimonios irrecusables, por pruebas escritas y concordancias convincentes; en una palabra, no se puede refutar la veracidad material de la mayor parte de esas investigaciones, sin negar también por adelantado y por puro “parti pris” todo valor de prueba al testimonio humano y hacer imposible cualquier convicción o certeza que se apoyara o naciera en él [1]. Entre esas manifestaciones

[1] El rigor ser empleado en esas investigaciones es tal que la S. P. R. se hace blanco a menudo de los ataques de la prensa espiritista, que corrientemente la llama “Sociedad para la supresión de los hechos”, “…para la generalización de las acusaciones de impostura…”, “…para desalentar a los sensitivos y para rechazar cualquiera revelación de las que, según se dice, se imponen a la humanidad, desde las regiones del conocimiento”.

anormales, como telepatía, letargo, previsiones, etc., no observaremos más que aquellas que tienen relación con la vida de ultratumba. Se les puede dividir en dos categorías: 1ª. Las apariciones reales, objetivas y espontáneas, o manifestaciones directas; 2ª. Las manifestaciones obtenidas por el intermedio de médium, ya se trate de apariciones provocadas -que dejaremos por el momento a un lado, dado que a menudo son de carácter sospechoso[2]- o bien de comunicaciones con los muertos por la palabra o por su escritura automática. Nos detendremos un momento en esas comunicaciones extraordinarias que han sido estudiadas durante mucho tiempo por hombres como Myers, el doctor Hodgson, Sir Oliver Lodge, el filósofo William James, padre del pragmatismo, y a todos han impresionado profundamente y casi los han convencido. Merece, por lo tanto nuestra atención.

Por lo que se refiere a las pruebas de la primera categoría, es naturalmente imposible, transcribir aquí, ni aun de una manera sumaria, las más chocantes de entre ellas y, para ello, remito al lector curioso, a las colecciones de actas (*Proceedings*) de la S. P. R. Bastará recordar que numerosas apariciones de difuntos se comprobaron y fueron estudiadas por hombres sabios como Sir W. Crookes, R. Wallace. R. Dale-Owen, Aksakof, Paúl Gibier y otros. Gurney, uno de los clásicos en esta ciencia nueva, cita 231 casos de ese género; y, desde entonces, el periódico de la S. P. R. y las revistas especiales no han dejado de consignar otros nuevos. Parece, pues, establecido, tanto como puede serlo un hecho, que una forma espiritual o nerviosa, una imagen, un reflejo retrasado de la existencia es susceptible de subsistir durante algún tiempo, de desprenderse del cuerpo, de sobrevivirlo, de franquear en un abrir y cerrar de ojos, enormes distancias, de manifestarse a los vivos y, a veces comunicarse con ellos.

Por lo demás, hay que reconocer que esas apariciones son muy breves. No tienen lugar más que en el momento preciso de morir o en el inmediato. No parecen tener conciencia de una vida nueva o supra-terrestre y diferente de aquella que llevaba el cuerpo de donde salen.

---

[2] No obstante, sería injusto afirmar que todas esas apariciones son sospechosas. Por ejemplo, es imposible negar la realidad de la célebre Katie King, doble de Miss Coock, que un hombre como William Crookes estudió y comprobó severamente, en sus hechos y en sus gestos, durante tres años. Pero desde el punto de vista de las pruebas de la supervivencia y aunque Katie King se diese por una muerta que volvía a la tierra, para expiar ciertas faltas, esas manifestaciones tienen menos valor que las comunicaciones obtenidas después. En todo caso no aportan ninguna revelación sobre la existencia de ultra-tumba. Katie, una joven y vivaz, que se le podían contar las pulsaciones, cuyo corazón se oía latir, a la cual se retrató, que distribuía entre los circunstantes rizos de su cabellera, que contestaba a cuanto se le preguntaba, no dijo una palabra sobre los secretos de ultra-tumba.

Por el contrario, su energía espiritual, en el instante en que debería estar completamente pura, puesto que está libre de la materia, parece muy inferior a lo que parecía cuando la materia la envolvía. Esos fantasmas, más o menos tímidos, atormentados frecuentemente por preocupaciones insignificantes, aunque vienen del otro mundo, nunca han traído de él, a pesar de haber franqueado sus umbrales maravillosos, una sola revelación tópica. De pronto se evaporan y desaparecen para siempre. ¿Son acaso los primeros resplandores de otra existencia o últimos de ésta? ¿Acaso los muertos, no teniendo otro medio mejor, se valen de ese modo para hacerse perceptibles a nuestros sentidos? ¿Continúan después viviendo en torno nuestro, pero sin conseguir, a pesar de sus esfuerzos, darse a conocer a un recién nacido ciego, la noción de la luz y los colores? No sabemos nada y aun ignoramos si, de todos esos fenómenos incontestables, nos está permitido sacar alguna conclusión. Solamente adquirirían importancia si fuese posible constatar o provocar apariciones de seres cuya muerte datase de un cierto número de años. Se estaría, entonces, en posesión de la prueba material y siempre eludida de que el espíritu no depende del cuerpo, que es causa y no efecto, que puede subsistir, nutrirse y funcionar sin órganos. De ese modo, el mayor problema que se ha planeado a la humanidad quedaría, si no del todo resuelto, por lo menos libre de algunas tinieblas y, por eso solamente, el hecho de la supervivencia personal, aun permaneciendo sujeto a los misterios del origen y del fin, podría sostenerse y defenderse.

Pero no hemos llegado ahí. Entretanto, es realmente curioso constatar que, en efecto, existen espectros, imágenes y fantasmas. Una vez más, la ciencia confirma en esto, una creencia general de la humanidad y nos demuestra que una creencia como ésta, por muy absurda que en principio parezca, merece ser considerada, siempre, con cuidado.

CAPÍTULO VI

LAS COMUNICACIONES CON LOS MUERTOS

I

Los espíritus se comunican, o creen comunicarse con los muertos, porque se llaman con la palabra o con la escritura automática. Estas se obtienen con la ayuda de un médium [1] en estado de éxtasis, o mejor "en trance", "en situación", según el vocabulario de esa nueva ciencia. Ese estado no es del sueño hipnótico, no parece una manifestación histérica y, a menudo, se encuentra en el mejor estado de salud del cuerpo y con el más completo equilibrio intelectual y físico, como en el caso del médium Piper. Es más bien una de las personalidades o conciencias secundarias o subliminales del individuo; o, mejor aún, para el caso de admitir la teoría espiritista, su toma de posesión, su "invasión psíquica", según dice Myers, por fuerzas de otro mundo. En el "sujeto" "en trance" la conciencia y la personalidad normales están abolidas por completo, y responde "automáticamente", a veces por la palabra y a veces por la escritura, a las preguntas que se le hace. Sucede también que hable y escriba al mismo tiempo; lo que sucede cuando la voz la toma un espíritu y la escritura otro, llevando los dos una conversación independiente. Más raramente, la

[1] Los que se dedican al estudio de esas manifestaciones anormales, se preguntan generalmente: ¿para qué esos médiums, para qué esos intermediarios muchas veces sospechosos y siempre insuficientes? -Porque hasta el presente, no se ha encontrado el medio de prescindir de ellos. Si se admite la teoría espiritista, los espíritus desencarnados que de todas partes nos rodean y están separados de nosotros por el tabique impermeable y misterioso de la muerte, buscan, para comunicar con nosotros, la línea de menor resistencia entre los dos mundos; y ésta la encuentran en el médium sin que se sepa la razón, del mismo modo que se ignora por qué razones una corriente eléctrica recorre un hilo de cobre y es detenida por un tubo de vidrio o porcelana. Si de otra parte, se admite la teoría telepática, que es la más probable, se constata que los pensamientos, las intenciones o las sugestiones, en la mayoría de los casos, no se transmiten de subconsciente a subconsciente. Es necesario un organismo al propio tiempo receptor y transmisor, y este organismo se encuentra en el médium. ¿Por qué? Una vez, nada se sabe en absoluto, del mismo modo que no se sabe por qué tal cuerpo o tal disposición de un cuerpo es afectado por las ondas concéntricas en la telegrafía sin hilos, mientras que tal otro es insensible a ello. Se tantean aquí como se tantea en casi todas partes, en el obscuro dominio de los hechos incontestables pero inexplicables. Quienes deseen adquirir al respecto de las teorías de la médiumnidad nociones más amplias y precisas, leerán con admirable provecho el discurso pronunciado en fecha 29 de enero de 1897, por William Crookes, en su carácter de presidente de la S. P. R.

voz y las dos manos se encuentran poseídas también y entonces se obtienen tres comunicaciones diferentes. Es evidente que semejantes comunicaciones se prestan al fraude y a las simulaciones de todo género y sobre todo que la desconfianza es invencible. Pero hay algunos casos que se prestan rodeados de tales garantías de buena fe y sinceridad tan larga y rigurosamente controladas por sabios de carácter de responsabilidad, de una autoridad irrecusable y de un escepticismo intratable casi, que es punto menos que imposible el alimentar la menor duda [2]. Desgraciadamente no puedo entrar aquí en detalles de las sesiones puramente científicas celebradas con ese fin, como serían por ejemplo las tenidas por la señora Piper, el célebre médium, con quien trabajaron durante varios años, sabios como Myers, el doctor Hodgson, profesor de Newbold, de la Universidad de Pensilvania, Sir Oliver Lodge y William James. Por otra parte, la acumulación, las coincidencias, la naturaleza anormal de esos detalles, todo eso es lo que precisamente hace nacer y confirma la convicción de que uno se encuentra frente a fenómenos completamente nuevos, inverosímiles pero auténticos y que es a veces difícil clasificarlos entre los fenómenos terrestres. Sería necesario consagrar a esos estudios un espacio que excedería este ensayo. Por lo tanto, me limitaré a remitir al curioso que quisiera saber más sobre todo eso que lea la obra de Sir Oliver Lodge “La supervivencia del hombre”, y sobre todo, los 25 gruesos volúmenes de los Procedimientos de la S. P. R., particularmente en lo que se refiere a las declaraciones y comentarios de William James, referentes a las sesiones de Piper-Hodgson (volumen 23), lo mismo que el volumen 13 en el cual Hodgson examina y analiza los hechos y argumentos que se pueden invocar en pro y en contra de la intervención de los muertos, y también a la obra capital de Myers “*Human Personality*” (“*La Personalidad Humana*”).

---

[2] Estas cuestiones de fraude y de simulación son naturalmente las primeras que se presentan cuando se empieza el estudio de esos fenómenos. Tan sólo es menester familiarizarse con la vida, las costumbres y la manera de proceder de tres o cuatro grandes médiums de cuyos sujetos vamos a hablar para que ni siquiera os roce la menor duda en adelante. De todas las explicaciones imaginables, aquélla que no invocara más que la impostura y la superchería, sería, fuera de toda duda, la más extraordinaria y la menos verosímil. Puede uno por otra parte, darse cuenta, leyendo el informe de Richard Hodgson, “Observations of certain phenomena o trance”, (“Proceedings”, tomo VIII y el informe de J. H. Hyslpo, tomo XIII), de las precauciones tomadas, habiéndose hasta utilizado detectives especiales, para asegurarse de que la señora Piper, por ejemplo, no podía normal y humanamente, tener ningún conocimiento de los hechos que revelaba. Lo repito: así que se ha tomado pie en ese estudio, las sospechas se disipan sin dejar huellas, y pronto nos convencemos de que no es del lado de los engaños que se halla el punto del enigma. Todas las manifestaciones de la personalidad muda, misteriosa y oprimida que se oculta en cada uno de nosotros experimentan una después de otra la misma prueba y aquéllas que se relacionan con la varita mágica, por no citar otras, pasan en la actualidad por la misma crisis de incredulidad. No hace cincuenta años, la mayor parte de los fenómenos hipnóticos hoy científicamente clasificados, eran igualmente conceptuados como fraudulentos. Parece ser que al hombre le repugna reconocer, que abarca en sí muchas más cosas de las que imaginaba.

II

Los médiums “en trance” son invadidos o poseídos por diversos espíritus familiares, a los cuales en la nueva ciencia se llama con el nombre bastante impropio y anfibológico de “prueba”. Así la señora Piper, por ejemplo, se ve visualizada por Phinuit, Jorge Pelhan o P. J., Imperator, Doctor y Rector. La señora Trompson se ve vestida sobre todo por el espíritu de Nelly, mientras los personajes más ilustres y más graves se refugian en el clérigo Stainton N. Moses. Cada uno de esos espíritus mantiene hasta el final un carácter bien definido, que no se desmiente y que por lo demás no tiene generalmente ninguna relación con el médium. Entre esos espíritus que visitaron a los médiums nombrados, los de Phinuit y Nelly, son los más simpáticos, los más originales, los más vivos, los más activos y, sobre todo, los más locuaces. Centralizan, por así decirlo, de cierto modo, las comunicaciones, van y vienen, se hacen apresurados y sin entre los concurrentes a la sesión hay alguno que desea ponerse en comunicación con el alma de un pariente, de un amigo muerto, salen corriendo a buscarlo, lo traen, anuncian entre la multitud innumerable, lo traen, anuncian su llegada, hablan en su nombre, transmiten y, por así decirlo, traducen sus preguntas y sus respuestas, pues, según parece, a los muertos les es muy difícil comunicarse con los vivos por faltarles aptitudes especiales y el concurso de circunstancias extraordinarias. No examinemos todavía lo que tienen que revelarnos, pero al verlos agitarse así en medio de sus hermanos y sus hermanas desencarnados que son una multitud invisible, nos dan del otro mundo una impresión nada tranquilizadora y uno se dice que nuestros muertos de hoy se parecen de un modo bien extraño a los que evocaba Ulises hace tres mil años. Nos parecen sombras pálidas y alocadas, inconsistentes, pueriles, presas de estupor, como figuras de ensueños más numerosas que las hojas que caen en otoño y como ellas temblorosas por el menor soplo desconocido que viene de los espacios de otro mundo. No tienen bastante vida ni aun para ser desgraciadas y parecen arrastrar no se sabe a dónde una existencia precaria y sin finalidad, yerran sin fin, deambulan en torno nuestro, charlan entre ellas sobre pequeñeces de la tierra y cuando una rendija

se abre en la noche en que viven, se excitan, se apresuran en todas direcciones, como torbellinos de pájaros hambrientos de luz y de una voz humana. Y, a pesar suyo, uno recuerda las siniestras palabras del fantasma de Aquiles emergiendo del Erebo, según está escrito en la Odisea: -"¡No me hables, Ulises, de la muerte! ¡Preferiría ser un campesino y servir por un mísero salario a un hombre que apenas pudiese alimentarse, antes que mandar a todos los muertos que ya no existen más!"

III

¿Qué tienen que decirnos esos muertos de hoy? Lo que en primer término llama la atención es que parecen interesarse por los acontecimientos de este mundo, mucho más que los del mundo donde se encuentran. Parecen ante todo celosos por establecer su identidad, por probar que aun existen, que lo saben todo; y para convencernos, hacen alarde de una precisión, de una perspicacia y prolijidad extraordinarias, entran en los más minuciosos y olvidados detalles. Son también extremadamente hábiles en desembrollar el parentesco complicado de quien le interroga, de una persona presente en la sesión así como la de un desconocido que entra en la sala. Recuerdan los pequeños achaques de éste, las enfermedades de aquél, las manías o aptitudes de un terreno. Perciben los acontecimientos a distancia, ven, por ejemplo, y describen a sus oyentes de Londres, un episodio insignificante que se desarrolla en el Canadá. En una palabra, dicen y hacen más o menos todas las cosas desconcertantes e inexplicables que se consigue algunas veces de un médium de primer orden; y quizá van más lejos aún, pero de todo esto no trasciende esa especie de aroma de y ese no sé qué resplandor de ultratumba que nos habían prometido y que esperábamos.

Se dirá que los médiums sólo son visitados por espíritus inferiores, incapaces de desprenderse de las preocupaciones terrestres y elevarse hacia ideas más vastas y elevadas. Es posible, y sin duda hacemos mal en creer que un espíritu despojado de su cuerpo sea súbitamente transformado y se convierta, en un instante, tal como nos

lo imaginamos. ¿Mas no podrían al menos decirnos en dónde se encuentra, qué sienten, qué hacen?

IV

Parece que después de los experimentos de que hablamos, la misma muerta haya querido contestar a la objeción; en efecto; Myers, el doctor Hodgson y el profesor William James, quienes, tan a menudo y durante largas y apasionadas horas, interrogaron a los médiums Piper y Thompson, y obligaron a los que dejaron de ser, a hablar por su propia boca, helos aquí a su vez entre las sombras, allende la cortina de tinieblas. Por lo menos, ellos saben exactamente qué hay que hacer para llegar hasta nosotros, y lo que es preciso revelar para domeñar la inquietud y la curiosidad de los hombres. Myers especialmente, el más fervoroso, el más convencido y el más impaciente respecto del velo que lo separaba de las realidades eternas, ha prometido formalmente a quienes prosiguen su obra, hacer en lo desconocido todos los esfuerzos imaginables para prestarles una ayuda decisiva. Y mantuvo la palabra. Un mes después de su muerte, Sir Oliver Lodge interroga a la señora Thompson "en trance", cuando de pronto Nelly, el espíritu familiar de ésta declara que ha visto a Myers, que está aún bien despierta, pero que piensa volver hacia las nueve de la noche, para comunicarse con su viejo amigo de la Sociedad de Investigaciones Psicológicas. Se suspende la sesión, se reanuda a las ocho y media, y por fin, se obtiene la "comunicación" con Myers. Desde las primeras palabras, se le reconoce perfectamente, no ha cambiado. Fiel a su manía terrestre, insiste en el acto sobre la necesidad de tomar notas. Pero parece atemorizado, corrido. Le hablan de la Sociedad de Investigaciones Psicológicas, que fue la única preocupación de su vida, y no se acuerda de nada. Después, poco a poco, le vuelve la memoria y, entonces, relata verdaderas habladurías de ultratumba a propósito de la presidencia de la sociedad, del artículo necrológico publicado por "*Times*", de algunas cartas que se debían haber publicado, etc. Se queja de que no le dejan un momento de reposo, pues de todos lados de Inglaterra se quiere "comunicar" con él. "¡Llame a Myers, traiga a Myers!" Dice que

necesitaría algún tiempo para reaccionar, para tranquilizarse y reflexionar. Se queja también de las dificultades con que tropieza para transmitir su pensamiento por los "médiums" de los cuales dice que hacen esas transmisiones "como un estudiante de primer año de latín traduce por primera vez Virgilio". En cuanto a su estado actual, dice "tuvo que buscar su camino como a través de mil callejones, antes de saber que estaba muerto. Le parecía que se perdía en una ciudad desconocida y cuando veía a algunas personas que sabía que habían muerto, le parecía estar viendo visiones".

Esas y otras muchas charlatanerías por el estilo, que no son naturalmente más significativas, fue todo lo que dio la "prueba" o la "personificación" de Myers, de la cual se había esperado mucho más.

Esta "comunicación" y otras muchas que resucitan, de una manera sorprendente, al parecer, las costumbres, la manera de pensar, de hablar y el carácter de Myers, tendría algún valor si ninguno de aquellos por quien y a quien fueron hechas no hubiesen conocido a éste cuando se encontraba en el mundo de los vivos. Tales cuales se presentan, no son sino muy probablemente reminiscencias de una personalidad secundaria del médium o tal vez sugestiones inconscientes del interrogador o de los asistentes a la sesión.

V

Una comunicación más importante y más turbadora por los nombres que toman parte en ella, es la que se designa bajo el nombre: "Prueba Piper-Hodgson". El profesor William James le consagra en el tomo XXIII de los *Proceedings* un estudio de más de ciento veinte páginas. El doctor Hodgson fue, cuando vivía, el secretario de la sucursal norteamericana de la S. P. R., cuyo vicepresidente era William James. Durante largos años, habíase dedicado al médium Piper, trabajando con él tres veces a la semana, y acumulando de esta suerte, referente a los fenómenos póstumos, una enorme pila de documentos cuyos tesoros aun no han sido agotados. Como Myers había prometido volver, después de su muerte; y, como era de carácter jovial, más de una vez había manifestado la señora Piper que cuando él a su vez la

visitara, como poseía más experiencia que los demás espíritus, las sesiones tomarían un giro más decisivo, "y que la cosa sería muy animada". Y en efecto, volvió a los ocho días después de su deceso y se manifestó con la escritura automática (es la manera de comunicación más habitual del médium Piper) durante varias sesiones, a las cuales asistía William James. Desearía dar una idea de ese informe. Pero, como muy justamente lo hace notar el célebre profesor de la Universidad de Harvard, el relato taquigráfico de una sesión de esa clase, ya por sí solo desfigura por completo su sentido. En vano se busca en estos relatos la emoción que se experimenta al encontrarse así, frente a un ser invisible, pero vivo, que no solamente responde a las preguntas que se le hacen, sino que se adelanta al pensamiento de su interlocutor: sabe comprender con medias palabras y recoge una alusión oponiendo otra ya grave, ya irónica. La vida del muerto, que por espacio de una hora, parece que habéis rodado, cercado por completo, parece apagarse, una segunda vez. La taquigrafía, despojada de toda emoción, ofrece, sin ninguna duda los mejores elementos para una lógica conclusión; pero no es cierto que, en esto, como en muchas otras cosas en que predomina lo desconocido, sea la lógica, el único camino que conduzca a la verdad. "Cuando me propuse, dice William James, coleccionar los resultados de estas sesiones y redactar el presente informe, preveía que mi fallo sería determinado por la más pura lógica. Creía que esos pequeños incidentes debían servir de una manera decisiva en pro o en contra de la supervivencia del espíritu. Pero viéndome ya a mí mismo entre los factores del problema, me convencí de que en esto, la justa lógica no tiene más que una utilidad preparatoria de la elaboración de nuestras conclusiones. Y que la última palabra, si es que existe, debe ser pronunciada por el sentido común que tenemos de las probabilidades dramáticas, sentido ése que va y viene de una a otra hipótesis, o -al menos en mi caso- de una manera más bien ilógica. Si uno se atiene a los detalles, se obtendrá una conclusión anti-espiritista; si se observa la significación, el sentido del conjunto, se inclinará uno, quizá hacia la interpretación espiritista".[1]

Y al finalizar su trabajo concluye con estas palabras: "En cuanto a mí, tengo la impresión de que había allí, probablemente, una voluntad exterior; es decir que en virtud de mis conocimientos adquiridos respecto del conjunto de esos fenómenos, dudo que el estado de

[1] "Proceedings", tomo 22, pág. 33.

sueño de la señora Piper, aun agregándole las facultades “telepáticas”, pueda explicar todos los resultados obtenidos. Pero cuando se me pregunta si la voluntad de comunicar es la de Hodgson o de algún espíritu imitador de éste, quedo indeciso y espero otros hechos que, antes de cincuenta o cien años, nos conducirán a una conclusión concreta”.[2]

Se ve que William James se siente conmovido y trastornado y, en algunos párrafos de su informe, aun demuestra estarlo más, declarando por momentos que los espíritus llegan a poner “el dedo en la llaga”. Las vacilaciones en un hombre que ha renovado nuestra psicología, y que poseía un cerebro tan maravillosamente organizado y equilibrado como el de nuestro Taine, por ejemplo, esas vacilaciones son muy significativas. Como doctor en medicina, profesor de filosofía, muy escéptico y muy escrupulosamente fiel a los métodos experimentales, tenía motivos triplicados o cuadruplicados para llevar a buen término semejante experiencias. Tampoco se trata ahora, de dejarnos impresionar, por el prestigio de esas vacilaciones; pero, de todas maneras, éstas demuestran que se trata de un problema serio, el más grande quizá -si sus resultados fuesen indiscutibles- de los que tenemos que resolver después del advenimiento de Jesús y, que para deshacerse de ese problema, no basta con estirarse de hombros, o con proferir una carcajada.

VI

Por falta de espacio, me veo obligado a remitir al texto íntegro de los *Proceedings* a aquellos que desearan formarse, sobre el caso “Piper-Hodgson”, un concepto personal. Por otra parte, este caso está muy distante de ser uno de los más sorprendentes; y podría más bien clasificarse, si se piensa en la calidad de los interlocutores, entre los medianos éxitos de Piper. Hodgson, según la invariable costumbre de los espíritus, aspira en primer lugar a hacerse reconocer; y el inevitable y fastidioso desfile de pequeñas reminiscencias recomienza veinte veces seguidas, llenando páginas y más páginas. Como es de

[2] “Proceedings”, tomo 23, pág. 130.

práctica, en semejantes circunstancias, los recuerdos comunes entre el interrogador y el espíritu obligado a contestar, son evocados en todas sus circunstancias y detalles, aun los más insignificantes y también los más ocultos, y ello con una avidez, una exactitud y una vivacidad sorprendentes. Y notad que el muerto que habla, agota todos esos detalles con una facilidad inverosímil, y con frecuencia diríase de los tesoros más olvidados y más inconscientes de la memoria del vivo que lo escucha. Nada se perdona: se aferra a todo con una satisfacción pueril y un ardor febril, menos con el propósito de convencer a los demás que para probarse a sí mismo de que siempre existe. Y la obstinación de ese pobre ser invisible que se esfuerza en manifestare a través de las puertas, hasta aquí sin intersticios, que nos separan de nuestro eterno destino, es a la vez ridícula y trágica. — ¿"Recuerdas, tú, William, que hallándonos en el campo, en casa de Fulano, hemos jugado con los niños tales y cuales juegos, y que estando en tal pieza, donde se encontraban tales y cuales muebles, dije esto y aquello?" — "En efecto, Hodgson, lo recuerdo". — "Buena prueba, ¿no es cierto, William?" — "¡Excelente, Hodgson!". Y así continúa indefinidamente. Algunas veces, se presenta un incidente más significativo y que parece sobrepasar la simple transmisión del pensamiento sublimal. Se ocupan, por ejemplo, de un casamiento malogrado, el cual estuvo siempre rodeado de un gran misterio, aun para los más íntimos amigos de Hodgson. "¿Recuerdas tú, William, a una doctora de Nueva York, miembro de nuestra Sociedad?" — "No, no la recuerdo pero, ¿qué hay a su respecto?". — "Su esposo llamábase Blair, creo". — "¿Quieres hablar de la señora Blair-Thaw?" — "¡Precisamente! Pregunta, pues, a la señora Thaw si, en una comida, yo le ha hablado de la señorita en cuestión". — James escribe a la señora Thaw, la cual declara que, en efecto, hace cosa de quince años, Hodgson le había hablado de una joven cuya mano había pedido, y que por lo demás se la había rehusado. La señora Thaw y el doctor Newbold eran las únicas personas en el mundo que conocieran dicho detalle.

Pero volvamos a las sesiones que continúan. Se discute, entre otros puntos, la situación financiera de la sucursal norteamericana de la S. P. R., cuyo estado, cuando murió el secretario o más bien el factotum Hodgson, era poco brillante. Y he aquí, un espectáculo bastante singular, varios miembros de la asociación que examinan, juntamente con su difunto secretario, la marcha de la sociedad.

¿Es preciso disolver, fusionar, enviar a Inglaterra los materiales acumulados, de los cuales pertenecen la mayor parte a Hodgson? Se consulta al muerto, que contesta, da sabios consejos, parece estar al corriente de todas las complicaciones, de todas las perplejidades. Un día, cuando vivía Hodgson, encontrándose la sociedad en déficit, un donante anónimo envió la suma necesaria para reestablecerla a su equilibrio. Hodgson, en vida, ignoró quién fue ese donante. Pero muerto, Hodgson lo descubre entre los vivos, le habla y se lo agradece públicamente. Por lo demás, Hodgson, como todos los espíritus, se queja de la enorme dificultad que tiene para transmitir su pensamiento a través del organismo extraño del médium. "Estoy –dice– lo mismo que cuando un ciego busca su sombrero". Pero cuando después de tantas historias vulgares, William James le presenta las preguntas esenciales que a todos nos queman los labios: — "¿Qué tienes que contarnos de la otra vida, Hodgson?"– éste se hace el evasivo y sólo busca escapatorias. — "No es –dice– una vaga fantasía. Es una realidad". — "Hodgson, pregunta, insistiendo la señora James, ¿vivís como nosotros, como los hombres?"– El espíritu, como si no hubiera comprendido, pregunta: — "¿Qué ha dicho?" — "¿Tienen ustedes vestidos y casas?" –repite la señora. — "Sí, casas, sí; pero vestidos, no. ¡Oh, no! ¡Es absurdo! Esperad un momento. Tengo que irme". — "¿Pero volverás?" — "Sí". — "Ha ido a tomar aliento" –dice otro espíritu, llamado Rector, que interviene repentinamente.

Sin duda no ha sido inútil reproducir aquí la semblanza general de una de esas sesiones que se puede considerar como ejemplar. Para dar una idea de los límites extremos a que se puede llegar en tales experimentaciones, añadiré ahora el hecho siguiente relatado por Sir Oliver Lodge y por él controlado. Estando "en trance" el médium Piper (señora), dicho caballero le entregó un reloj de oro que le acababa de enviar uno de sus tíos y que había pertenecido a otro tío fallecido hacía más de 20 años. Teniendo ese reloj la señora Piper, o mejor dicho el espíritu Phinuit que era uno de los familiares de este médium, revela una serie de detalles referentes a la infancia de este tío fallecido y que se referían a más de 66 años atrás, y, naturalmente que eran ignorados por Sir Oliver Lodge. Poco tiempo después el tío que estaba vivo y que fue el que remitió el reloj, confirmó por carta la exactitud de la mayor parte de esos detalles que ya había casi olvidado y que sólo pudo recordar gracias a los detalles que había dado el médium, y aquéllos respecto de los cuales no pudo decir si eran ciertos o no,

fueron luego ratificados por un tercer tío de Sir Oliver, un veterano capitán que habitaba en Cornouailles y que desde luego ignoraba por qué le hacían tan extrañas consultas.

No cito este hecho porque tenga un valor decisivo o excepcional, sino simplemente, según he dicho, a título de ejemplo, que con el citado más arriba de la señora Thaw señalan el límite extremo hasta el cual, y con ayuda de los espíritus se ha podido penetrar por hoy en lo desconocido. No conviene agregar también que los casos en que se rebasa de una manera tan extraordinaria y tan manifiesta los límites presumidos de la telepatía, son muy raros.

VII

¿Qué pensar ahora de todo esto? ¿Hay que llegar acaso, con Myers, Newbold, Hyslop, Hodgson y tantos otros que han estudiado largamente ese problema, a la conclusión de que existe indiscutiblemente una intervención de fuerzas y de inteligencias que vienen del otro lado del abismo que se creía infranqueable? ¿Tenemos que reconocer con esas grandes figuras de sabios que hemos citado, que existen casos cada vez más numerosos en los cuales no es posible dudar entre la hipótesis espiritista y la hipótesis telepática? Yo no lo creo. Yo no tengo ningún “parti-pris” ningún prejuicio -¿y para qué tenerlos, tratándose de misterios?- ni tengo ninguna repugnancia en admitir la supervivencia de los muertos: pero es sabio y prudente antes de salir del plano terrestre, agotar todas las suposiciones y todas las explicaciones que se pueden descubrir. Podemos escoger entre dos incognoscibles, entre dos milagros, si queréis, uno de los cuales está en el mundo que habitamos, y el otro en una región que, con razón o sin ella, creemos que está separada de nosotros por espacios indecibles y que ningún ser, hasta hoy, vivo o muerto, ha podido traspasar. Es, pues, natural que nos quedemos en nuestro mundo, tanto como podamos quedarnos en él y sostenernos en él y mientras no nos veamos expulsados irrecusablemente de él por una serie de hechos irresistibles parecidos al abismo vecino. La supervivencia de un espíritu no es más inverosímil que las prodigiosas facultades que nos vemos en la

obligación de atribuir a los médiums si antes las negamos en los muertos; pero la existencia del médium al revés de la del espíritu es incontestable; toca, pues al espíritu a los que lo reivindican, el probar que éste existe.

Los fenómenos extraordinarios de que acabamos de hablar: transmisión de pensamiento de consciente a inconsciente, visión a distancia, clarividencia sublimal, ¿se producen acaso cuando los muertos no están en escena, cuando los experimentos se realizan entre los vivos? No se podría contestar con absoluta buena fe. No tiene duda que nunca se han obtenido entre vivos, series de comunicaciones o revelaciones parecidas o análogas a las de los grandes médiums espiritistas: Piper, Thompson, y Stainton Moses, ni tampoco nada que se pueda comparar a la creación entre la continuidad y la perspicacia. Pero si la calidad de los fenómenos no resiste la comparación, es innegable que su naturaleza íntima es idéntica.

Es lógico inferir que, la verdadera causa, no es la fuente de inspiración, sino el propio valor, la sensibilidad, la potencia del médium como tal. Por lo demás, J. G. Piddington, que ha consagrado un estudio muy documentado a la señora Thompson, ha comprobado muy claramente en ésta cuando no se hallaba "en trance" y cuando no se trataba de nada de espíritus, diversas manifestaciones inferiores y absolutamente análogas a aquéllas en las cuales se mezclan los muertos[1]. A esos médiums les gusta, con toda la buena fe desde luego y probablemente sin que se den cuenta, dar a sus facultades subconscientes, a sus personalidades secundarias -o aceptar para éstas- nombres que llevaron otros seres que ya pasaron al otro lado del misterio; pero eso es una cuestión de vocabulario o de nomenclatura que no quita ni añade nada a la significación intrínseca de los hechos. Y examinando esos hechos, por muy extraños y verdaderamente asombrosos que sean algunos de ellos, no encuentro ni uno solo que salga de este mundo o que venga, de una manera indudable, del otro. Todos esos hechos son, si se quiere, prodigiosos acontecimientos fronterizos; pero no se puede decir que la frontera se haya violado. En el relato del reloj de Sir Oliver Lodge, por ejemplo, que es un hecho de los más característicos y de los más avanzados,

---

[1] Para estos hechos que nos llevarían muy lejos, consúltese a J. G. Paddington en su "Phenomena in Mrs. Thompson's Trance", "Proceedings", tomo 18, pág. 286 y siguientes y el estudio del Prof. A. C. Pigou, sobre la "Cross Correspondence" sin la intervención de los espíritus.

es preciso atribuir al médium facultades que no tienen nada de humanas. Ya sea por visión a distancia, transmisión del pensamiento de subconsciente a subconsciente o clarividencia subliminal, ese médium debe ponerse en relación con los dos hermanos supervivientes del poseedor fallecido del reloj; y, en lo inconsciente de esos dos hermanos lejanos a los cuales nadie ha prevenido nada de todo eso, debe haber encontrado una multitud de circunstancias olvidadas por ellos mismos y sobre las cuales se han ido acumulando el polvo de 66 años. Es cierto que un fenómeno de esa naturaleza hace crujir la inteligencia hasta sus fundamentos y se negaría su veracidad si no hubiera sido comprobado y certificado por un hombre del valor de Sir Oliver Lodge y que, además, forma parte de una serie de hechos equivalentes que demuestran bien claramente que no se trataba en ese caso de un milagro único o de un inesperado concurso de coincidencias sin igual. En ese caso se trataba sencillamente de un fenómeno de visión a distancia, de clarividencia subliminal, y de telepatía, llevadas a su último grado de potencialidad; y esas tres manifestaciones de la profundidad inexplorada del hombre están, hoy, científicamente comprobadas y clasificadas; esto no es decir que estén explicadas, pero eso es otra cosa. Cuando, a propósito de la electricidad se habla de positivo y negativo, de inducción, de potencial y de resistencia, también se tapan con palabras convencionales los hechos, o los fenómenos, cuya esencia íntima se ignora por completo y, en espera de saberlo, fuerza es contentarse con eso. Entre sus manifestaciones extraordinarias y las que nos ofrece un médium, no hay, repito más que una diferencia en más o menos, una diferencia de extensión o de grado, pero de ningún modo una diferencia específica.

VIII

Para que la prueba fuese más decisiva sería preciso que ni el médium, ni los testigos, ni nadie, conociesen la existencia de aquel cuya vida relata el muerto; es decir, suprimir por completo todo lazo vital. No creo que, hasta hoy, se haya realizado tal cosa, ni creo tampoco que pueda ser posible, pero, de todos modos, su comprobación sería muy molesta o difícil. Sea como quiera, el doctor

Hodgson que ha consagrado una parte de su vida a la investigación de los fenómenos específicos, donde los límites de la potencia del médium fuesen claramente rebasadas, cree haberlos descubierto en ciertos casos, entre los cuales,

–siendo los otros poco más o menos de la misma naturaleza–, citaré sólo uno de los más sorprendentes:[1] Durante sesiones importantes y asistido del médium Piper, Hodgson se comunica con varios amigos fallecidos, quienes le recuerdan una infinidad de hechos comunes. El médium, los espíritus y él mismo parecen estar maravillosamente dispuestos, y las revelaciones se presentan abundantes, exactas y fáciles. En esta atmósfera en extremo favorable, le ponen en contacto con el alma de uno de sus mejores amigos, muerto hace un año, y que él llama sencillamente: A. A., a quien conoció más íntimamente que a la mayor parte de los espíritus que lo precedieron, y al contrario de éstos, aunque estableciendo su identidad de una manera indubitable, no proporciona sino respuestas incoherentes. Luego A., en los últimos años de su vida, había padecido perturbaciones cerebrales cofinantes con la enajenación mental propiamente dicha.

El mismo fenómeno parece reproducirse cada vez que perturbaciones semejantes han precedido a la muerte, como asimismo en los casos de suicidios.

Si nos atenemos únicamente a la explicación telepática, hace observar el sabio norteamericano, si se pretende que todas las palabras de los desencarnados no son más que sugestiones de mi subconsciente, es incomprensible –sigue diciendo– que después de haber alcanzado resultados satisfactorios con los muertos que menos había conocido y estimado que A., y con los cuales tenía por lo tanto menos recuerdos comunes, no obtenga de este último, en las mismas sesiones, nada más que respuestas incoherentes. Es, pues, preciso creer que mi subconsciente no está solo en escena y que tiene ante sí una personalidad bien viva, bien real, que se encuentra aún en el estado de espíritu en que se encontraba en el momento de la muerte, de la cual permanece independiente, sin sufrir de ella ninguna influencia, ni escucha en absoluto lo que yo inadvertidamente le sugiero y saca de sí mismo todo lo que me revela.

---

[1] “Proceedings”, tomo XIII, páginas 349, 350 y 351.

El argumento no es despreciable, pero solamente tendría el verdadero valor en el caso de que ninguno de los que asistían a la sesión hubiese conocido la locura de A.; de lo contrario se puede sostener la teoría, de que la idea de la locura, habiendo penetrado en el subconsciente de uno de los presentes, obra en consecuencia, dando a las preguntas sugeridas un giro conforme al estado de espíritu que presume en el muerto.

IX

A decir verdad, al ensanchar de ese modo la extrema potencia de los médiums, nos nutrimos con explicaciones que lo previenen casi todo, cierran todos los caminos y casi niegan por completo a los espíritus la facultad de manifestarse según la manera que parecían haber escogido. ¿Pero, por qué escoger esa manera? ¿Por qué se restringen de ese modo? ¿Por qué se encierran en la estrecha franja de los dos mundos, de donde no pueden venir más que testimonios indecisos o sospechosos?¿No tienen, pues, otras salidas ni otros horizontes?¿Por qué se quedan a vegetar en torno nuestro, en su pequeño pasado, cuando una vez desprendidos de la carne, podrían vagar libremente por la virgen extensión del tiempo y del espacio? ¿Ignoran aún que no es entre nosotros sino entre ellos, del otro lado del sepulcro, donde hallarán el signo que nos testificará que sobreviven? ¿Por qué vuelven entonces allí con las manos vacías y nos dicen palabras huecas? ¿Eso es lo que encontramos cuando vamos a para al infierno? ¿Todo está desnudo, sin forma y sin luz más allá de nuestra última hora? Si es así, que lo digan; y el testimonio de las tinieblas tendrá a los menos una grandeza de que carecen esas maneras y esos procedimientos de juez de instrucción. ¿De qué vale morir si todas las pequeñeces de la vida continúan? ¿Vale verdaderamente la pena de haber pasado por los desfiladeros espantosos que van a desembocar a los campos eternos, para recordarnos que nuestro tío segundo se llama Pedro y que Pablo, nuestro primo hermano, tenía barros y padecía de una enfermedad de estómago? En vez de eso, preferiría para los seres que amo, la augusta y helada soledad de lo increado. Si les es difícil, como dicen,

poderse hacer comprender a través de un organismo extraño y profundamente dormido, en cambio nos cuentan cosas muy minuciosas y precisas sobre el pasado, para así demostrarnos que podrían revelar a otras análogas, si no sobre el porvenir que tal vez aun no conocen, a lo menos respecto de los secretos de menor cuantía que de todas partes nos rodean y que sólo nuestro cuerpo nos impide acercarnos a ellos. Hay miles de cosas, grandes o pequeñas, que nosotros ignoramos, pero que deberán verse cuando unos ojos impotentes ya no tengan la mirada. En esas regiones es donde sólo una nada nos separa y no entre las necias garrulerías de antaño que hallarían al fin la clara y genuina prueba que parecen buscar con tanto afán. Sin que exijamos un gran milagro, parece no obstante que tengamos el derecho de esperar de una inteligencia a la que ya nada le obstaculiza, designios distintos de aquellos que evitaba cuando ella aun estaba sometida a la materia.

CAPÍTULO VII

LA CORRESPONDENCIA CRUZADA

I

Se habían llegado a eso en las últimas décadas, cuando he aquí que los médiums, los espiritistas, o mejor aún, quizá, los mismos espíritus –pues, a punto fijo uno no sabe con quién tiene que entendérselas– sintiéndose quizá descontentos al no verse mejor y más claramente comprendidos y reconocidos, imaginaron lo que se ha dado en llamar la "*correspondencia cruzada*" ("*Cross correspondence*"). Aquí la situación se presenta del revés; ya no se trata de espíritus diversos y más o menos numerosos que se revelan por la mediación de un médium, sino que es un espíritu único que se manifiesta casi simultáneamente a través de varios médiums, a veces bastante alejados unos de otros y sin manera de entenderse entre ellos. Cada uno de esos mensajes tomados aisladamente resulta ininteligible las más de las veces y únicamente demuestra su sentido una vez que, después de un laborioso trabajo, se ha coordinado con todos los que se han producido. Sir Oliver Lodge ya lo dice: "El fin propuesto en esos esfuerzos ingeniosos y complicados, es, naturalmente, el probar que esos fenómenos son obra de alguna inteligencia bien definida, distinta de la que posee un autómata. La transmisión por fragmentos, de un mensaje, o de una alusión literaria que será ininteligible para cada cual que lo escriba, tomados por separados, excluye la posibilidad de una comunicación telepática entre ellos. Así, de este modo, se evita o se intenta evitar la hipótesis entre todas las semi-normales, de que los miembros de la S. P. R. han conceptuado como la más emocionante y la más difícil de eliminar. Estos esfuerzos también tienen otro fin: tienden evidentemente a probar en la medida de lo posible, por la substancia y calidad del

mensaje, que éste es característico de la personalidad particular de que parece emanar la comunicación, y no de ninguna otra[1].

El experimento está sólo en sus comienzos; y se le han dedicado los últimos volúmenes de los *Proceedings*. Aunque la cantidad de documentos recopilados sea ya considerable, no es posible todavía sacar ninguna conclusión; de todas maneras, a pesar de lo que digan los espiritistas, la sospecha telepática no parece de ningún modo eliminada. Es un ejercicio literario singular e, intelectualmente, muy superior a las manifestaciones, habituales de los médiums; pero no hay, hasta el presente, ningún motivo para hacer aparecer el misterio en el otro mundo más bien que en éste. La prueba que se desarrolla en alguna parte, en el tiempo o en el espacio, o bien fuera de éstos, se ha pretendido que es como una especie de inmenso receptáculo cósmico de conocimientos en donde van sumirse libremente los espíritus. Pero ese receptáculo, si existe, lo cual es muy probable, nadie puede demostrar que son más bien los vivos y no los muertos quienes van a él. Es muy extraño que éstos, si verdaderamente tienen acceso al tesoro inconmensurable, consigan tan sólo presentarnos una especie de rompecabezas puerilmente ingenioso. Sin embargo deben acumularse ahí miríadas de conocimientos y adquisiciones olvidados y perdidos, amontonados durante millones y millones de años y de siglos en abismos en los cuales nuestro pensamiento, nuestra mente, con el peso del cuerpo no pueden penetrar, pero que nada parece indicar que permanecerán siempre cerrados y contra las investigaciones de actividades más sutiles y libres. Esos mismos están evidentemente rodeados de misterios inmensurables, de verdades insospechadas y formidables que sobrenadan por todas partes. La menor revelación astronómica o biológica, el menor secreto de la antigüedad, como por ejemplo aquél de la trampa de cobre que poseyeron los antepasados, un detalle arqueológico, un poema, una estatua, una medicina nuevamente hallada, un jirón de una de esas ciencias desconocidas que florecieron en Egipto o en la Atlántida[1] serían un argumento mucho más perentorio que centenares de reminiscencias más o menos literarias.

[1] "La Survivance Humaine". Traducción francesa del inglés, por el Dr. H. Bourbon, página 255.

[1] Como es sabido, desde la más remota antigüedad se ha supuesto que el Atlántico la existencia de una "tierra" llamada Atlántida. La leyenda la supone desaparecida por un fenómeno geológico. El eximio poeta catalán, Jacinto Verdaguer, cantó esa leyenda en versos que ya son inmortales en todos los idiomas. -N. del T.

¿Por qué nos hablan tan poco del futuro esos espíritus, y por qué razón cuando en él se aventuran, se equivocan siempre con una regularidad descorazonadora? Parece, no obstante, que a los ojos de un ser libre del cuerpo y del tiempo, los años, ya sean pasados o por venir, deben presentársele en el mismo plan[2]. Se puede, pues, decir, que la ingeniosidad de la prueba es contraproducente para esta misma. En suma, lo mismo que en los otros ensayos, y notoriamente los del famoso médium Stainton Moses, siempre sería la misma impotencia característica la que nos tendría que aportar un ápice de verdad cualquiera o de un conocimiento asequible y de las cuales no debería haber ningún rastro en ningún cerebro humano ni en ningún libro escrito en la tierra. Y, no obstante, no es admisible que no existan, en algún sitio, otras verdades y otros conocimientos que los que poseemos nosotros. El caso de Stainton Moses, cuyo nombre acabamos de pronunciar, es en ese sentido, muy chocante. Stainton Moses era un clérigo americano, dogmático, concienzudo, y su instrucción, estando en estado normal, no era mayor que la de un maestro de escuela ordinaria. Pero apenas se encontraba "en trance" lo asaltaban algunos espíritus de la Edad Antigua o de la Edad Media, conocidos solamente por algunos eruditos, entre los cuales espíritus se pueden citar el de Hipólito, obispo de Ostia; Platón; Ateneodoro, preceptor de Tiberio Graco y, sobre todo Grocyn, amigo de Erasmo. Estos espiritistas escogían como intermediario a Moses y, por lo que se refiere a Grocyn, dio diversos detalles sobre Erasmo que, en un principio, se creyeron procedentes del otro mundo, pero, que después se encontraron confirmados en libros antiquísimos no menos accesibles. Por otra parte, la probidad de Stainton Moses no fue nunca puesta en duda por los que lo conocieron; esto está, pues, permitido creerle cuando dice que no ha leído esos libros antiguos. Se trata de reminiscencia inconsciente, si se quiere, de sugestión a distancia, de lectura subliminal; pero como en el caso de la correspondencia cruzada no es más indispensable de recurrir a los muertos y hacerlos entrar a viva fuerza en el enigma, que, visto de este lado de la tumba en el cual nos hallamos, ya resulta bastante denso y turbador. Por lo demás no insistimos en lo de la correspondencia cruzada. No

[2] No obstante, en este orden de ideas se encuentran dos o tres hechos que trastornan sobre todo en una reunión provoca... (texto perdido)… Stead, donde se predijo el asesinato del rey Alejandro de Serbia y su esposa Draga, dando todos los detalles y circunstancias del hecho. De esta predicción se redactó un acta que firmaron unos treinta testigos, y Stend fue al día siguiente a visitar al ministro de Serbia en …(texto perdido)… para que previniese al rey y a la reina de lo que les amenazaba. Algunos meses después, el suceso ocurría tal como había sido anunciado. Pero el "pre-conocimiento" no exige necesariamente la intervención de los muertos y además, cada hecho de ese género, antes de ser definitivamente aceptado, exigiría un largo y minucioso estudio.

olvidemos que se trata de una experiencia apenas iniciada y que los muertos parecen comprender muy costosamente las exigencias de los vivos.

II

A propósito de ese experimento, los espiritistas repiten sin cesar: “Si no admitís la intervención de los espíritus, la mayoría de esos fenómenos son absolutamente inexplicables”. Estamos de acuerdo, pero nosotros no pretendemos explicarlos; porque casi nada hay que sea explicable en la tierra, pero sí atribuirlos a la incomprensible virtud de los médiums, que no es más inverosímil que la supervivencia de los muertos, y tiene la ventaja de no transgredir la esfera que ocupamos y de equipararse a un gran número de hechos afines que acontecen entre personas vivientes. Estas facultades singulares si nos desconciertan es porque son aún esporádicas y también porque hace muy poco tiempo que han sido científicamente comprobadas. En el fondo no son más maravillosas que las que utilizamos todos los días sin maravillarnos por eso: nuestra memoria, pongo por caso, nuestro pensamiento, nuestra imaginación, y qué sé yo cuántas cosas más, forman parte del gran milagro que integramos; y una vez aceptado el milagro, no es tanto su extensión como sus límites lo que debe asombrarnos.

Sin embargo, y para terminar este capítulo, no estoy en manera alguna conforme con que sea necesario, rechazar, sin apelación, la hipótesis espiritista; sería injusto y prematuro. Hasta ahora todo permanece en suspenso. Puede decirse que las cosas están aún más o menos en el mismo punto que señalaba Sir William Crookes, en 1874, en un artículo del *Quaterly Journal of Sciences*: “La diferencia entre los partidarios de la fuerza psíquica y los del espiritualismo (o espiritismo) consiste en esto: -sostenemos que todavía no se ha demostrado sino de un modo insuficiente que existe un agente de dirección distinto al de la inteligencia del médium, y que no se ha dado ninguna clase de prueba, sobre que ese agente sean los espíritus de los muertos; en tanto que los espiritistas aceptan, como artículos de fe,

que al contrario, son los espíritus de los muertos los únicos autores de todos los fenómenos.

Así, la controversia se reduce a una simple cuestión de hechos, que sólo podrá resolverse mediante una laboriosa prosecución de los experimentos y por la reunión de un gran número de hechos psicológicos. Será este el primer deber que tendrá que cumplir la sociedad de psicología que se está organizando en este momento".

Por ahora, ya es significativo que las rigurosas investigaciones científicas no hayan destruido enteramente una teoría que trastorna tan radicalmente la idea que nos hacíamos de la muerte. Veremos más adelante por qué razones, desde el punto de vista de nuestros destinos de ultratumba, no habría motivo para entretenerse largo tiempo alrededor de esas apariciones o de esas revelaciones, aun cuando ellas fuesen realmente incontrastables y tópicas. En todo caso, pensándolo bien, sólo parecerían manifestaciones, incoherentes y precarias, de un estado transitorio. Si fuese menester admitirlas, todo lo más que probarían sería que un reflejo de nosotros mismos, una postrera vibración nerviosa, un haz de emociones, una sombra espiritual, una imagen grotesca y desamparada o más exactamente, una suerte de memoria truncada o descuajada, puede, después de nuestra muerte, permanecer y flotar en un vacío donde nada la alimente, donde se torna anémica y se extingue poco a poco, pero que un fluido especial, emanado de un médium de poder extraordinario, consigue galvanizar por momentos. Quizá exista objetivamente, y acaso sólo subsista y reviva con el recuerdo de ciertas simpatías. Sería en suma muy verosímil que la memoria que nos representa durante nuestra vida, continuara haciéndolo durante algunas y aun durante algunos años después de nuestra muerte. Así se explicaría el carácter evasivo y desfalleciente de esos espíritus que, no teniendo más que una existencia mnemónica, no pueden interesarse naturalmente más que por su suerte. De ahí su energía molesta y monomaníaca de persistir en los menores detalles, su estupidez soñolienta, su incuria, su ignorancia incomprensible y sus hazañas miserables que ya hemos notado más de una vez.

Pero, como digo, es más fácil atribuir esas hazañas al carácter especial y a las dificultades aun más conocidas de las comunicaciones telepáticas. Las sugestiones inconscientes del más inteligente de los

que asisten a la sesión y toman parte en la experiencia, al pasar por el médium - puente obscuro y vacilante - se alteran, se desunen y se despojan de sus principales virtudes. Puede suceder que se pierdan y se insinúen en ciertos rincones olvidados que ya no recorre la inteligencia y de allí traigan cosas más o menos sorprendentes; pero la calidad intelectual del conjunto siempre será inferior a lo que produciría una mente consciente. Por lo demás, lo digo una vez más, todavía no ha llegado la hora de concluir. No perdamos de vista que se trata de una ciencia nacida ayer y que busca a tientas su utilaje, sus caminos, sus métodos y su finalidad, en una noche más obscura que la de la tierra. Con treinta años no se puede construir el puente más audaz que se haya imaginado sobre el abismo de la muerte. La mayor parte de las ciencias tienen detrás de ellas, siglos de esfuerzos ingratos y de incertidumbres estériles; y entre las más modernas, hay pocas que, como ésta, puedan mostrar desde sus comienzos las promesas de una cosecha que, quizá, no es la que había creído sembrar, pero de la cual ya se anuncian frutos curiosos y desconocidos.[1]

[1] Para agotar el tema de la supervivencia y de las comunicaciones con los muertos, sería preciso decir algo sobre las recientes investigaciones del Dr. Hyslon, realizadas con la cooperación de los médiums Smead y Chenoweth (comunicaciones con William James). Sería necesario igualmente mencionar el famoso gabinete de estudios de Julia, y sobre todo las extraordinarias sesiones de la señora Wriedt, la médium con corneta, la cual no sólo ha obtenido las comunicaciones donde los muertos hablan idiomas que ella ignora por completo, sino que también provoca apariciones de las que se dice son extremadamente turbadoras. Y por último, habría que examinar los hechos expuestos por el profesor Porro, el Dr. Venzano, el Sr. Rozanne y muchas otras cosas, porque ya …(texto perdido)… y la literatura espiritista se acumulan en tomos sobre tomos. Pero no tuve la intención ni la pretensión de hacer un estudio completo del espiritismo científico. Quise simplemente no omitir nada que fuese esencial y dar una idea general pero exacta de esa atmósfera de ultratumba, donde ningún hecho realmente nuevo y decisivo ha venido, después, a trastocar las manifestaciones de que hemos hablado.

CAPÍTULO VIII

LA REENCARNACIÓN

I

He ahí, todo lo que se refiere a la supervivencia propiamente dicha. Pero algunos espiritistas tratan de ir más lejos y de probar científicamente la palingenesia y la transmigración de almas. Dejo a un lado sus argumentos de orden moral o sentimental y los que encuentran en las reminiscencias prenaturales de hombres ilustres u otros así. Esas reminiscencias que a veces es cierto son trastornadoras, son todavía demasiado raras, muy esporádicas por así decirlo, y no siempre pudieron ser suficientemente controladas para sacar de ellas una consecuencia indudable. No me detengo tampoco mucho en las pruebas sacadas de las aptitudes innatas del genio ni en algunos niños prodigios, aptitudes atribuir a leyes desconocidas de la herencia. Me contentaré con recordar sumariamente los resultados en algunas experiencias bastantes desconcertantes del coronel Rochas.

El coronel Rochas –conviene advertirlo desde un principio– es un sabio que sólo busca la verdad objetiva con un rigor y una probidad científicas que nunca fueron puestas en duda. Pone “en trance” a diversos sujetos excepcionales y con la ayuda de los pases longitudinales los hace remontar todo el curso de su existencia. Los transporta así, sucesivamente, a la juventud, a la adolescencia y hasta los extremos límites de la infancia. En cada una de esas etapas hipnóticas, el sujeto encuentra de nuevo la conciencia, el carácter y el estado de espíritu que tenía en la etapa correspondiente de su vida. Vuelve a atravesar por los mismos acontecimientos, por las mismas dichas y las mismas penas. Si ha estado enfermo, vuelve a estar enfermo, vuelve a pasar la convalecencia y vuelve a curarse. Si se trata por ejemplo de una mujer que ha sido madre, vuelve al estado de embarazo y de nuevo experimenta los dolores y las angustias del parto. Retrotraído a la edad en que aprendía a escribir, el sujeto

escribe como un niño hasta el punto de poder comprobar su escritura de ahora con la de sus cuadernos de la escuela.

Eso es ya muy extraordinario, pero, como dice el coronel Rochas, “hasta el presente hemos caminado por una tierra firme; hemos observado un fenómeno fisiológico difícilmente explicable aunque otras experiencias y comprobaciones repetidas nos permiten considerar como cierto. Entramos ahora en una región donde nos esperan más sorprendentes enigmas”.

Con el objeto de precisar, elijamos uno de los casos más sencillos. El sujeto es una joven soltera, de 18 años, llamada Josefina. Vive en Voiron, cerca de Isere. Y hela aquí transportada por medio de pases longitudinales al estado de niño de pecho, los pases continúan y prosigue el cuento de hadas. Después Josefina ya no puede hablar más y entonces sucede el gran silencio más misterioso todavía. En fin, Josefina no contesta más que por signos; es que “todavía no ha nacido” y “flota en lo negro”. Se insiste y el sueño se hace más denso y de pronto, desde el fondo de ese sueño se eleva la voz de otro ser, una voz inesperada y desconocida, una voz de anciano malhumorado, desconfiado y disgustado. Se le interroga. Al principio, se niega a contestar, diciendo que “está ahí, puesto que habla, que no ve nada y que está en medio de negruras”. Se redoblan los pases, conquistándose poco a poco su confianza. Llamábase Juan Claudio Bourdon; está viejo, postrado en la cama y enfermo desde hace tiempo.

Empieza a narrar su vida. Nació en Champvent, en el pueblo de Polliat, en 1812. Concurrió a la escuela hasta los 18 años, hizo su servicio militar en el 7mo. de artillería de Besançon, y cuenta sus calaveradas mientras la joven dormida hace el gesto de acariciar un bigote imaginario.

De regreso a su pueblo no se casó, pero tuvo una querida. Envejece solitario (abrevio), y muere a los 70 años, tras una larga enfermedad.

Ahora, es el muerto el que habla; y sus revelaciones de ultratumba no son sensacionales, lo cual, por otra parte, no es una razón suficiente para dudar de su realidad. “Se siente salir de su cuerpo”; empero permanece ligado a él durante algún tiempo. Su cuerpo fluídico, antes difuso, recobra una forma compacta. Vive en la

obscuridad, que le es penosa, pero no sufre. Por último las tinieblas donde se encuentra sumido se ven iluminadas por algunos resplandores. Tiene la idea de reencarnarse y acercarse a aquella que debe ser su madre (es decir, la madre de Josefina). La rodea hasta que la criatura llega al mundo, y entonces, entra poco a poco en el cuerpo de esa criatura. Hasta los siete años, había en derredor de ese cuerpo una especie de niebla flotante, donde veía muchas cosas, las que desde entonces no había vuelto a ver.

Ahora es cuestión de volver hacia el origen de Juan Claudio. Una magnetización de cerca de tres cuartos de hora, sin detenerse en ninguna etapa, hace volver al viejo muerto, al estado de niño. Nuevo silencio, repítense las vaguedades; luego, de pronto, otra vez aparece un personaje inesperado. Esta vez, se presenta una mujer vieja, que ha sido malísima y ahora sufre mucho. (Por el momento está muerta, porque en ese mundo invertido, se toman las vidas al revés y empiezan naturalmente por el fin). Está entre densas nieblas, rodeada de espíritus malignos. Habla con voz débil, pero siempre contesta con un tono preciso a las preguntas que se le hacen, en vez de argumentar a cada momento, como lo hacía Juan Claudio. Llamábase Filomena Carteron.

“Al profundizar aún más el sueño, añade el coronel Rochas, que cito textualmente, provoco las manifestaciones de Filomena en vida. Ya no sufre, parece serena, contesta siempre sin vacilaciones y con un tono seco y firme. Sabe bien que no es querida en el lugar, pero ella sabrá vengarse cuando se le ofrezca la ocasión. Nación en 1702; llamábase Filomena Charpigny cuando soltera; su abuelo materno se llamaba Pedro Machon y residía en Ozan. Casóse en 1732, en Chevroux, con un llamado Carteron, de cuyo matrimonio tuvo dos hijos que después murieron.

“Antes de su encarnación, Filomena había sido una niñita, muerta de corta edad. Antes de ahora, había sido un hombre que había *matado*, por cuya causa había sufrido mucho en las sombras, aun después de su existencia de criatura, época en que no había tenido tiempo de cometer malas acciones, con el fin de expiar su crimen.

Consideré inútil llevar adelante el sueño, porque el sujeto parecía estar rendido de fatiga y daba pena verlo en sus crisis.

“Pero, por otra parte, hice una observación que tendería a demostrar que las revelaciones de esos médiums estriban sobre una realidad objetiva. En Voiron, tengo como espectadora habitual de mis experimentos a una joven de espíritu muy reposado, *muy reflexivo y de ningún modo sugestionable*, la señorita Luisa, la que posee en alto grado la virtud (relativamente común en un grado menor) de percibir los efluvios humanos y, por consiguiente, el cuerpo fluídico. Cuando Josefina reanima la memoria de su pasado, se observa en derredor de ella, un “aura” luminosa percibida por Luisa. Ahora bien: a los ojos de Luisa, esta aura se hace sombría cuando Josefina se encuentra en la fase que separa dos existencias. En todos los casos, Josefina reacciona vivamente cuando yo toco puntos en el espacio en donde Luisa me dice que percibe el “aura” ya luminosa, o sombría”.

II

He tenido interés en reproducir “in extenso” el relato auténtico de una de esas experiencias porque los partidarios de la palingenesia no encuentra fuera de eso, un argumento que sea más apreciable.

El coronel Rochas ha repetido esas experiencias con diferentes sujetos; entre todas ellas, no citaré más que la que se refiere a una joven, llamada María Mayo, cuya historia es más complicada que la de Josefina y cuyas sucesivas reencarnaciones nos hacen remontar hasta el siglo XVII y nos transportan bruscamente a Versalles, en medio de los personajes históricos que evolucionan en torno al gran rey.

Añadamos que el coronel Rochas no es el único magnetizador que haya obtenido revelaciones de ese género y, por lo tanto, se pueden clasificar, en adelante, entre los hechos admitidos en hipnotismo. Pero yo no cito más que las efectuadas por el citado sabio porque ellas son las que, desde todos los puntos de vista, ofrecen las más serias garantías.

¿Qué prueban esas experiencias? Ante todo es preciso, en estas cuestiones, como en todas las de su género, desconfiar del médium.

Está fuera de duda que todos los médiums, por la misma naturaleza de sus facultades, se sienten inclinados a la simulación y a la supercherÍa. Yo sé que el coronel Rochas -como el Dr. Richet, como Lombroso y como todos los que han tenido que ver con los médiums- fue alguna vez engañado. Esas son las pérdidas inherentes a los intermediarios con los cuales no hay más remedio que trabajar; las experiencias de ese género, por ese procedimiento, no tendrán nunca el valor científico de las que se efectúan en un laboratorio de física o de química. Pero esto no es una razón para negarles, *a priori*, todo interés. ¿Son en realidad posibles, la simulación y la supercherÍa en esta caso? Sí, evidentemente, aunque los experimentos sean rigurosamente comprobados. Por más complicado que sea, el sujeto puede haber aprendido su lección y evitar hábilmente las celadas que se le tienden. La mejor garantía, es, en último análisis, su buena fe y su moralidad, cuyas condiciones sólo los experimentadores pueden poner a prueba y conocer; y sobre este punto hay que otorgarles confianza. Además toman todas las precauciones necesarias, para que así la simulación se haga dificilísima.

Después de hacerle remontar su vida al sujeto mediante los pases transversales, se le obliga a descender ese mismo curso; y los mismos acontecimientos se desarrollan en sentido inverso. Las repetidas pruebas y contrapruebas, dan siempre resultados idénticos; y jamás el médium titubea ni se extravía entre el laberinto de nombres, de fechas y de hechos.[1]

Sería preciso, por otra parte, que esos médiums -de inteligencia generalmente mediocre- se convirtieran súbitamente en poetas geniales, para crear con todas las "piezas sueltas" una serie de caracteres absolutamente diferentes entre sí y en los cuales todo tuviese su expresión: gesto, voz, humor, moral, pensamiento, sensibilidad; y que siempre estuvieran prontos a contestar, de arreglo con su naturaleza íntima, a las preguntas más imprevistas que se le hicieran. Se dice que todo hombre, en sus ensueños, es un Shakespeare; pero, en este caso, ¿no se trata de un ensueño que por su constancia, se parece de una manera extraña a la realidad?

[1] Notemos, exponiendo a la vista todas las piezas del proceso, que el coronel Rochas, después de su informe, ha constado que sobre diversos puntos, las revelaciones de los sujetos, relativas a sus vidas pretéritas, eran inexactas. "Sus relatos estaban plagado de anacronismos los cuales denunciaban la introducción de recuerdos normales entre las sugestiones de origen desconocido. Mas a pesar de todo, subsiste un hecho perfectamente positivo, el de las visiones, manifestándose con los mismos caracteres en un gran número de personas desconocidas entre ellas".

Creo, pues, que hasta que se aporte una prueba en contra, es preciso rechazar la simulación. Se podrá aún objetar, cómo se ha hecho a propósito de los fantasmas de Myers, sobre la insignificancia de sus revelaciones de ultratumba. Al contrario, yo ven en eso, precisamente, un argumento en favor de su buena fe. Para aquellos cuya imaginación es bastante rica para crear los maravillosos personajes que vemos "vivir" en sus sueños, no les sería muy difícil inventar, a propósito del otro mundo, algunos detalles que serían fantásticos y plausibles al mismo tiempo. Ni uno solo piensa en eso. Hay que advertir que esos médiums son cristianos, que tienen grabado en los más profundo de su ser el terror atávico del infierno, la angustia del purgatorio y la visión de un paraíso lleno de ángeles y de palmas. Pues bien; ninguno de ellos ha hecho nunca la menor alusión a nada de eso. Aunque a menudo ignoran las teorías de reencarnación, se conforman estrictamente a la hipótesis teosófica o neo espiritista y siendo inconscientemente fieles a ésta, no concretan nada; sólo hablan vagamente de lo "negro" en lo cual se encuentran. No dicen nada, porque no saben nada. Les es aparentemente imposible dar cuenta de un estado que para ellos mismos no se ha esclarecido. Es muy probable, en efecto, si admitimos la hipótesis de la reencarnación y de la evolución de ultratumba, que la naturaleza no proceda en esto, como ninguna parte, a saltos. Y no hay ninguna razón especial para que dé uno, prodigioso e inimaginable, entre la vida y la muerte.

No existe el golpe teatral que, antes de reflexionar, acostumbramos a presuponer que se producirá. Primero, el espíritu se encuentra desconcertado por haber perdido su cuerpo y todas sus costumbres, y sólo reacciona contra eso, poco a poco. Lentamente recobra su conciencia. Esta, en lo sucesivo, se purifica, se eleva, se extiende gradual e indefinidamente, hasta que, ganando otras esferas, el principio de vida que lo anima, no se reencarna más y pierde todo contacto con nosotros. De ese modo quedaría explicado que no tengamos nunca, más que revelaciones inferiores y elementales.

Todo lo que se refiere a esta primera fase de la supervivencia es bastante verosímil, hasta para aquellos que no admiten la reencarnación. Por lo demás, ya veremos más adelante que las soluciones que se cree obtener al respecto, desvían la cuestión y resultan insuficientes y provisionales.

III

Vengamos a la objeción más seria. El coronel Rochas afirma que tanto él como todos los demás experimentadores que se han entregado a este estudio, "han excluido", no solamente todo lo que podía insinuar al sujeto un camino determinado, sino que, además han procurado que se perdiese por sugestiones distintas. Estoy convencido de ello, pues no podría existir la sugestión voluntaria en el sujeto. ¿Pero, acaso no sabemos que en esos dominios la sugestión inconsciente e involuntaria es, a menudo, más poderosa y eficaz que la otra? En la experiencia vulgar y bastante pueril de la mesa que da vueltas, por citar un ejemplo, que no es más que un fenómeno de telepatía primitiva y elemental, casi siempre el que dicta las respuestas es la sugestión inconsciente del operador o a veces uno de los asistentes a la revisión.[1] Sería necesario en primer lugar asegurarse de que ni el magnetizador, ni los asistentes, ni el mismo sujeto, han oído hablar jamás de ninguno de los personajes reencarnados. Se diría que es suficiente con tomar en las contrapruebas a otro operador y otro asistente que ignoren las revelaciones anteriores. –Bien, pero el sujeto no las ignora; y puede suceder que la primera sugestión haya sido tan profunda que permanezca para siempre grabada en lo inconsciente, y reproduzca indefinidamente idénticas encarnaciones, dentro del mismo orden.

Todo esto no quiere decir que los fenómenos de la sugestión no estén ellos también sobrecargados de misterios; pero esto es otra cuestión. Por el momento se echa de ver, que el problema es casi

---

[1] Permítaseme citar a ese respecto, un hecho personal. Una tarde de anochecido, en la abadía de Saint-Wandrille, donde paso los veranos, unos huéspedes llegados hacía poco rato se entretuvieron en hacer girar una mesita redonda. Yo fumaba tranquilamente en un ángulo de salón, a regular distancia de la mesita, sin poner ningún interés en lo que ocurría en torno de ella y pensando en otras cosas. Luego de haberse hecho rogar como de estilo, la mesa contestó que contenía el espíritu de un monje del siglo XVII, enterrado en la galería del costado este del claustro, bajo una losa donde se leía la fecha de 1693. Después de la partida del monje, el cual, de pronto, sin razón aparente, rehusóse a proseguir el coloquio, se nos ocurrió ir, lámpara en mano, a la búsqueda del sepulcro. Concluimos por descubrir en el extremo indicado de la galería, una lápida funeraria, en muy mal estado, rota, usada, aplastada, hecha añicos, sobre la cual podíase descifrar con dificultad, examinándola de cerca, la inscripción: "A. D. 1693". Y como digo, en el momento de la respuesta del monje, no nos encontrábamos en el salón más que mis huéspedes y yo. Ninguno de ellos conocía la abadía; habían llegado esa misma tarde, algunos minutos antes de la hora de cenar y, después de la vida, ya entrada por completo la noche, habían diferido para el día siguiente, la visita del claustro y de las ruinas. La revelación, a menos de creer en los "Coques" o en las "Elementales" de los teósofos, no podía venir sino de mí. Sin embargo, creía yo ignorar en absoluto la existencia de esa piedra sepulcral, una de las menos legibles entre unas veinte, todas las del siglo XVII que cubren el suelo de dicha parte del claustro.

insoluble y su comprobación impracticable. Por ahora, puesto que hay que escoger entre la reencarnación y la sugestión, conviene en primer término atenerse a esta última, según los principios observados en los experimentos de palabra y escritura automática. Entre dos desconocidos, el buen sentido y la experiencia aconseja ir primeramente a aquél que confina con ciertos hechos más comúnmente constatados y donde se encuentren ciertos visos familiares. Agotemos el misterio de nuestra vida antes de renunciar en favor del de nuestra mente.

En toda la extensión de esas comarcas llenas de hondonadas, importa, hasta nuevas pruebas, no apartarse de esta regla inflexible: que hay transmisión de pensamiento, puesto que no es absolutamente imposible que el sujeto o cualquier persona de la reunión tenga conocimiento sea, consciente o no, olvidado o presente. Esta misma garantía es insuficiente, porque es también posible, tal como lo hemos visto en el experimento del reloj de Sir Oliver Dodge, que alguien que no asiste a la sesión, aun estando muy alejado de ella, puesto en comunicación de un modo desconocido con el médium, lo sugestiona a la distancia sin que se dé cuenta de ello. Por último, para preverlo todo antes de aceptar la entrada en escena a la muerte, sería menester asegurarse de que la memoria atávica no desempeña algún papel inesperado. Por ejemplo, ¿no puede un hombre conservar latente en lo más profundo de su ser, el recuerdo de acontecimientos relacionados con la infancia de un ascendiente que jamás vio y comunicárselo al médium por sugestión inconsciente? Esto no es inverosímil. Llevamos en nosotros todo el pasado, toda la experiencia de nuestros antepasados porque, si se pudiera iluminar mágicamente los prodigiosos tesoros de la mente subconsciente, ¿quién sabe si no hallaríamos en ella los acontecimientos y los hechos, fuentes de esta experiencia? Antes de dirigirnos hacia lo desconocido de ultratumba, agotemos hasta sus más extremos límites todas las posibilidades de lo desconocido de la tierra. Además, es muy extraño pero incontestable, que, a pesar del rigor de esta ley que parece negar toda otra explicación, y a pesar de la existencia casi sin límites probablemente excesiva dada al dominio de la sugestión, quedan aún algunos hechos respecto de los cuales será preciso pensar en otra cosa.

Pero, volvamos a la reencarnación y reconozcamos, al pasar, que es muy lamentable que los argumentos de los teosofistas y de los neo-

espiritistas no sean perentorios, terminantes; pues nunca hubo una ciencia más bella, más justa, más pura, más moral, más fecunda, más consoladora y, hasta cierto punto, más verosímil que la que ellos ofrecen. Sólo ella, con su doctrina de las expiaciones y de las purificaciones sucesivas, termina, y da cuenta, de todas las desigualdades físicas e intelectuales, de todas las iniquidades sociales, de todas las injusticias abominables del destino. Pero la calidad de una creencia no es una prueba de su veracidad. Aunque ella constituya la religión de seiscientos millones de hombres, y sea la que está más próxima a los misteriosos orígenes, la única que no es odiosa y la menos absurda de todas, tiene que realizar lo que las otras no hicieron: aportarnos testimonios irrecusables y el que hasta ahora nos ha presentado no es más que la primera sombra de un principio de prueba.

IV

Y, además, eso tampoco significaría el fin del enigma. En principio, la reencarnación, es inevitable tarde o temprano, puesto que nada puede perderse e inmovilizarse. Lo que no se ha demostrado de ningún modo, y quizá quede para siempre sin demostrarse, es la reencarnación del individuo entero e idéntico, a pesar del aniquilamiento de la memoria. ¿Qué le importa, por lo demás, esa reencarnación si ignora que siempre es el mismo? Todos los problemas de la supervivencia se yerguen de nuevo y hay que empezar otra vez en todos los sentidos. Pero la doctrina de la reencarnación, establecida científicamente, como la de la supervivencia, no pondría fin a nuestras cuestiones, pues no contesta ni a las primeras ni a las segundas, es decir, a las del origen y a las del fin, que son las únicas esenciales. Las desvía simplemente, las hace retroceder algunos siglos, algunos miles de años, esperando, sin duda, perderlas u olvidarlas en el silencio y en el espacio. Pero esas cuestiones o preguntas proceden del acervo de los más prodigiosos infinitos y no se contenta con una solución dilatoria. Sin duda alguna, me interesa saber lo que me espera, lo que me sucederá inmediatamente después de mi muerte. Me decís: el hombre, en sus

encarnaciones sucesivas expiará por el dolor, se purificará, para elevarse de esfera en esfera hasta regresar al principio divino de donde se ha surgido. Quiero creerlo así, aunque todo eso lleva todavía el sello sospechoso de nuestra pequeña tierra y de sus viejas religiones; quiero creerlo así, repito. Pero, ¿y después? Lo que a mí me importa no es lo que será siempre, y vuestro principio divino no parece, de ningún modo ni infinito, ni definitivo. Es más: hasta me parece inferior al que yo me imagino sin vuestra ayuda. Una religión que empequeñece al Dios que ha concebido mi más alto pensamiento, aunque estuviese fundada en millares de hechos, no podría ser juez de mi conciencia. Vuestro infinito o vuestro Dios, siendo más ininteligible todavía que el mío, es, no obstante, menos grande. Si entro en él, es que de él había salido; si pude salir de él, es que no es infinito, ¿qué es entonces? Hay que aceptar lo uno o lo otro; o me purifica porque estoy fuera de él y entonces no es infinito, o bien, si siendo infinito, me purifica, es que había en él algo de impuro, puesto que purifica en mí una partícula de él mismo. Y a mayor abundamiento, ¿cómo admitir que ese Dios que existe desde siempre, que tiene tras de él, el mismo infinito de tiempo que tiene delante, no ha encontrado todavía la ocasión o no ha tenido tiempo de purificarse y terminar sus pruebas? Lo que no pudo hacer en la eternidad anterior al momento en que yo existo, tampoco podrá hacerlo en la eternidad posterior, porque las dos son iguales. Y el mismo problema se presenta en lo que me concierne. Mi principio de vida, como el suyo, existe desde toda la eternidad, porque de lo contrario mi salida de la nada sería más inexplicable que mi existencia sin principio. Tuve necesariamente, innumerables veces, la oportunidad de encarnarme; y probablemente lo he hecho, en atención a que es poco verosímil que esa idea me haya sido sugerida desde ayer. Todas las probabilidades de llegar a donde aspiro, me fueron por consiguiente ofrecidas en el pasado; y todas las que encontraré en el porvenir nada añadirán a un número que ya es infinito. Poco se puede contestar a estas interrogaciones que surgen de todos lados así que logramos llegar a una de ellas con el pensamiento. Por el momento, prefiero saber que no sé nada antes que alimentarme con afirmaciones ilusorias e inconciliables. Vale más atenerme a un infinito, cuya incomprensibilidad sea sin límites, en lugar de restringirme a un Dios cuy incomprensibilidad está por todas partes limitadas. Nadie os obliga a hablar de vuestro Dios, mas si lo hacéis es menester que vuestras explicaciones sean superiores al silencio que rompen.

V

Es cierto que los espiritistas científicos no se arriesgan a llegar hasta ese Dios; pero entonces, cogidos como se encuentran entre esos dos grandes enigmas del principio y del fin, no tienen casi nada que contarnos. Siguen a nuestros muertos durante algunos instantes, en un mundo donde los instantes no se tienen en cuenta; y luego los abandonan en las tinieblas. Yo no se lo reprocho, puesto que se trata de cosas que probablemente no las sabremos ni aun cuando creamos saberlo todo. No les pido que me revelen el secreto del Universo, porque no creo, al igual que un niño, que ese secreto pueda contener en tres palabras, ni penetrar en mi cerebro sin hacerlo estallar. Y hasta convencido estoy que si hubiera unos seres que fuesen varios millones de veces más inteligentes que el más inteligentes de entre nosotros, tampoco lo sabrían; siendo ese secreto tan infinito, tan insondable, tan inextinguible como el mismo Universo. No es menos cierto que esa importancia para sobrepasar algunos años la vida de ultratumba, resta mucho interés a sus experimentos y a sus revelaciones; es, a lo sumo, un poco de tiempo ganado, y nada más, en esos juegos sobre el umbral donde se fija nuestro destino. Paso por alto sobre lo que me sucederá durante el pequeño intervalo que esas revelaciones ocupan, como ya paso sobre lo que me sucedió en la vida; no están ahí mi destino ni mi fin. No pongo en duda que los hechos referidos no sean verídicos y probados; pero lo que es aún más indudable, es que los muertos, si sobreviven, no tienen gran cosa que decirnos, sea porque en el momento en que pueden hablar no tienen nada todavía que contarnos, sea porque cuando tienen algo que decirnos no pueden ya hacerlo. Y se alejan para siempre, y nos pierden de vista en la inmensidad que exploran.

CAPÍTULO IX

EL DESTINO DE LA CONCIENCIA

I

Dejando a un lado la ayuda incierta que esos muertos nos pueden prestar, intentemos ir solos, más allá de la tumba. Parece, pues, –y volviendo a la hipótesis que examinábamos antes de hacer esas digresiones necesarias–, que la supervivencia con nuestra conciencia actual es, poco más o menos, tan imposible o tan incomprensible como el aniquilamiento. Por lo demás, aunque fuese no sería de temer. Es cierto que desapareciendo el cuerpo, desaparecerán todos los sufrimientos físicos, al mismo tiempo, pues no es posible imaginarse que pueda sufrir un espíritu por un cuerpo ya no tiene. Con esos sufrimientos, desaparecerá también algo más que todo eso que llamamos dolores espirituales o morales, pues, una vez examinados éstos, se ve que nacen de costumbres y ataduras de nuestros sentidos. Nuestro espíritu se resiente por el contra golpe de los dolores de nuestro cuerpo o de aquellos que nos rodean; no puede sufrir en sí mismo o por sí mismo. Las afecciones descuidadas, los amores contrariados o desarraigados, las decepciones, las impotencias y desesperaciones, las traiciones y las humillaciones personales, lo mismo que las tristezas y la pérdida de los que amamos, no adquieren el aguijón que los destruye sino al pasar a través del cuerpo humano. Además, su dolor propio, que es el dolor de no saber nada, libre de su carne, sólo podría sufrir recordando a ésta. Es posible que todavía se entristezca con las penas le parecerán tan breves que no podrá darse cuenta de su duración conducen, no las verá ya, rigurosas como antes.

El espíritu es insensible a todo lo que no es felicidad. Sólo está hecho para el golpe infinito, que es el gozo de conocer y comprender. Sólo puede afligirse cuando se apercibe de los límites, cuando ya no se está atado por el espacio ni por el tiempo, es rebasarlo ya.

II

Ahora se trata de saber si este espíritu, al abrigo ya de todo dolor, seguirá siendo él mismo, se sentirá y se reconocerá en el seno del infinito y hasta qué punto importa que se reconozca. Henos aquí ante los problemas de la supervivencia sin conciencia o de la supervivencia con una conciencia distinta de la de hoy.

En un principio, la supervivencia sin conciencia es la que parece más probable. Desde el punto de vista del mal o del bienestar que nos esperan del otro lado de la tumba, esa supervivencia equivale al aniquilamiento. Por eso, está en la mano de los que prefieren la solución más fácil y la que está más conforme con el estado actual del pensamiento humano, el llevar hasta ahí su inquietud. No tienen nada que temer, pues cualquier temor -en el caso de que quedase alguno- florecería lleno de esperanzas. El cuerpo se disuelve y ya no puede sufrir más; el pensamiento, separado de la causal o de la fuente de sus alegrías y de sus penas, se apaga, se dispersa y se pierde en la obscuridad sin límites, y sucede entonces el gran reposo tan a menudo implorado, el dormir sin medida, sin ensueño y sin despertar.

Pero esto es sólo una solución propicia a nuestra pereza. Ante los que hablan de supervivencia sin conciencia, si se les apura, caemos en la cuenta de que sólo se refieren a su conciencia actual; porque el hombre no puede imaginar otra, y acabamos de ver que es poco menos que imposible que semejante conciencia se mantenga en lo infinito.

A menos que quieran negar todo linaje de conciencia, aun la del Universo a donde caerá la de ellos. Pero esto es zanjar muy pronto, muy ciegamente, con un palo ciego, el problema más elevado y más misterioso que se pueda presentar en el cerebro de un hombre.

III

Es evidente que desde el fondo de nuestro pensamiento limitado por todas partes, jamás conseguiremos hacernos la menor idea de la conciencia del infinito. Y hasta entre los dos términos: conciencia e infinito, existe una antimonia fundamental. Quien dice conciencia, entiende lo que puede concebir como lo más definido en lo finito; la conciencia es exactamente lo finito que se repliega sobre sí mismo para reconocer y palpar sus límites más estrechos, a fin de disfrutarlo lo más estrechamente posible. Por otra parte, nos es imposible separar la idea de inteligencia de la idea de conciencia. Toda inteligencia que no parece ser apta para transformarse en conciencia se convierte para nosotros en un fenómeno misterioso al cual damos nombres más misteriosos aún, para así no vernos obligados a confesar que ya nada comprendemos. Luego, pues, sobre nuestra reducida tierra que no es más que un punto en el espacio, vemos que en todos los grados de la vida (recordemos, por ejemplo, las combinaciones y los organismos maravillosos del mundo de los insectos) consúmese una suma tal de inteligencia, que nuestra humana inteligencia ni siquiera puede soñar en valorarla. Todo lo que existe, y el hombre en primer lugar, sorbe sin cesar en ese receptáculo inagotable. Estamos, pues, fatalmente obligados a interrogarnos si esa inteligencia universal, no llegará a elaborar una conciencia infinita. Y hénos aquí envueltos entre dos imposibilidades irreductibles. Lo más probable es que también aquí todo lo juzgamos desde las bajas llanuras de nuestro antropomorfismo. Desde la cumbre de nuestra minúscula vida, sólo divisamos la inteligencia y la conciencia, punto máximo de nuestro pensamiento; y de ahí inferimos que en las cúspides de todas las vidas, no puede haber otra cosa que inteligencia y conciencia; cuando quizás ocupen, en la jerarquía de las posibilidades espirituales o de la otra índole, sólo un lugar subalterno.

IV

La supervivencia, desligada por completo d conciencia, sólo sería posible, negando la conciencia del Universo. Desde el momento que se admite ésta, bajo cualquiera forma que sea, tenemos que formar parte de ella, y la cuestión se confunde, entonces, hasta cierto punto con la de la conciencia más o menos modificada. Por el momento no hay ninguna esperanza de resolverla, pero está permitido palpar las tinieblas cuyo espesor no es siempre el mismo en todas partes.

Aquí empieza la plena mar. Aquí comienza la admirable aventura, la única que se iguala a la curiosidad humana, la única que se eleva tan alto como su deseo más elevado. Acostumbrémonos a considerar la muerte como una forma de vida que aun no comprendemos; aprendamos a contemplarla del mismo modo que el nacimiento y el esperar dichoso que saluda a aquél que seguirá muy pronto a nuestro pensamiento para sentarse con éste al borde de la tumba. Suponed que el niño, en el vientre de la madre esté ya dotado de algo de conciencia; que, por ejemplo, dos gemelos puedan comunicarse en la obscuridad del antro materno, sus impresiones, sus temores y sus esperanzas.

No habiendo conocido más que las tibias sombras de aquel lugar, no se encontrarían ni estrechos ni desgraciados en él. Probablemente, no tendrían otro pensamiento que prolongar lo más posible aquella vida de abundancia sin ninguna preocupación y de dormir sin sorpresas. Pero si, así como nosotros sabemos que debemos morir, ellos no ignorasen que deben nacer, es decir, salir bruscamente del abrigo de esas dulces tinieblas, abandonar, para no volver más, esa existencia cautiva, pero tranquila y quieta, para ser precipitados en un mundo absolutamente diferente, inimaginable y sin límites, ¡cuáles no serían sus inquietudes y sus temores! Y no hay, no obstante, ninguna razón para que nuestras inquietudes y nuestros temores, estén más justificados y sean, por lo tanto, menos ridículos. El carácter, el espíritu, las intenciones, la bondad o la indiferencia de lo desconocido, al cual nos vemos sometidos, no se transforman de ningún modo desde nuestro nacimiento hasta nuestra muerte. Permanecemos

siempre en el mismo infinito, en el mismo Universo. Es perfectamente razonable y legítimo persuadirse de que la tumba no es más de temer que la cuna. Y hasta debería ser también razonable y legítimo no aceptar más que en provecho de la tumba. Si antes de nacer nos fuese permitido escoger entre el gran reposo de la nada y una vida que no terminase en la hora magnífica de la muerte, ¿quién de entre nosotros, sabiendo lo que debería saber, se contentaría ni aceptaría una existencia inquietante y desconocida que no iría a parar al tranquilizador misterio de su fin? ¿Quién de entre nosotros querría venir a este mundo, donde sólo aprendería muy poca cosa, si no sabía que había de entrar en él precisamente para salir y aprender mucho más? Lo mejor de la vida es que ella nos proporciona esa hora, y es el único camino que nos conduce al desenlace mágico y a ese incomparable misterio en el cual ya no serán posibles los sufrimientos y las desgracias, puesto que habremos perdido el órgano que las producía; misterio en el cual, lo peor que nos puede suceder es el sueño sin ensueños, que es lo que en la tierra conceptuamos el mayor bienestar; en el cual, en fin, es casi imaginable creer que no sobrevivirá ni un solo pensamiento para mezclarse a la substancia del Universo, es decir, el infinito que si no es un mar de indiferencia debe ser un océano de dicha.

V

Antes de sondear ese océano, hagamos notar a los que aspiran a mantener su yo que así exigen los mismos sufrimientos que temen. Quien dice “yo”, dice “límites”. El yo no puede subsistir sino en tanto que esté separado de lo que le rodea. Cuanto más fuerte sea el yo, más estrechos serán sus límites y más precisa será la separación y tanto más penosa será también ésta, pues el espíritu si permanece tal como lo conocemos - y aun no hemos llegado a imaginárnoslo distinto- aun no habrá visto sus límites, cuando ya querrá franquearlos; y cuanto más separado se sienta más deseos sentirá de unirse a lo que está fuera de él. Habrá, pues, una lucha eterna entre su existencia y sus aspiraciones. Y, verdaderamente, no valdría la pena nacer y morir para no llegar más que a esas luchas sin final. ¿Y no es ésa, acaso,

una prueba más de que nuestro yo, tal como lo concebimos, no podría subsistir en el infinito, al cual es preciso que vaya a pasar, puesto que no puede ir a otra parte? Es necesario, pues, que nos desprendamos de las figuraciones que emanan de nuestro cuerpo, del mismo modo que los vapores que nos velan la luz del día emanan de los sitios bajos. Pascal lo ha dicho una vez por todas: "Lo poco que nosotros tenemos que ver, nos tapa la vista de lo infinito".

VI

Por otra parte, porque es menester decirlo todo, remover las tinieblas adversas que creemos más próximas de la verdad y no tener ninguna preferencia-, por otra parte, decía, se puede conceder a los que se obstinan en continuar siendo ellos mismos, que sólo sería suficientemente una nada que les sobreviviese para que volvieran de nuevo al seno de un infinito del cual, el propio cuerpo ya no lo separa más.

Si parece imposible que cualquier cosa: movimiento, vibración, radiación, se detenga o desaparezca, ¿por qué habría de perderse el pensamiento? Es seguro que subsistirá más de uno de suficiente poder para captar el nuevo yo, para nutrirse y medrar con todo lo que hallará en ese medio que carecerá de fondo, así como el otro yo, sobre esta tierra, nutríase y desarrollábase con todo lo que encontraba. Puesto que supimos adquirir nuestra conciencia actual, ¿por qué, nos sería imposible adquirir otra? Este yo que tanto amamos y que creemos poseer, no se ha hecho en un día; tal cual es hoy, no lo era en la hora de nuestro nacimiento. Ha intervenido en él más de la casualidad que de la voluntad y más substancia extraña que lo que había de substancia innata. No es más que un largo encadenamiento de adquisiciones y transformaciones, las cuales tomamos en cuenta cuando despierta nuestra memoria; y su núcleo cuya naturaleza ignoramos, es quizá inmaterial y menos consistente que un pensamiento. Si el nuevo ambiente donde entramos al salir de las entrañas de nuestra madre, nos transforma hasta tal punto que no hay, por decirlo así, ninguna relación entre el embrión que hemos sido y el hombre que hemos llegado a ser, ¿no obliga esto a pensar que el

ambiente mucho más nuevo, más desconocido, más amplio y más fecundo a donde volveremos a penetrar al salir de la vida, nos ha de transformar aun más? Puede verse en lo que acá nos sucede un trasunto de lo que nos espera en otra parte; como también admitir que nuestro ser espiritual, emancipado del cuerpo, si no es mezcla de un golpe a lo infinito, por lo menos se desarrolla poco a poco, elige su substancia y, no estando más obstaculizado por el espacio y el tiempo, concluye por desarrollarse. Es muy posible que nuestros más ardientes deseos actuales formen la ley de nuestro conocimiento futuro. Es muy posible asimismo que nuestros mejores pensamientos nos reciban en la otra orilla y que la calidad de nuestra inteligencia determine la del infinito que se cristalice en su rededor. Todas las hipótesis están permitidas y también todas las preguntas, con tal de que interroguen a la felicidad; porque la desdicha ya no puede responderme. Esta última ya no encuentra lugar en la imaginación humana que explora metódicamente el porvenir. Y sea cual fuere la fuerza que nos sobreviva y presida nuestra existencia en el otro mundo, dicha existencia, suponiendo lo peor, no podría ser menos grande ni menos dichosa que la presente. No tendrá otro curso que lo infinito y lo infinito no significa nada si no representa la felicidad. En todo caso, parece bastante cierto que sufrimos acá el único momento estrecho, avaro, obscuro y doloroso de nuestro destino.

VII

Hemos dicho que el dolor propio del espíritu es el dolor de no conocer o de no comprender que a su vez encierra el dolor de no poder, pues quien conoce las causas supremas y estando paralizado por la materia, se confunde con aquéllos; y el que comprende, acaba por aprobar; si no, el Universo sería un error lo que no es concebible, como no lo es que sea infinito un error. Creo que no se puede imaginar otro dolor propio del puro pensamiento. El solo dolor que, antes de reflexionar, parece admisible y que, en todo caso, sería efímero, sería el que naciese del espectáculo de las penas y miserias que permanecen en la tierra libre. Pero ese dolor, en el fondo, no sería más que un aspecto y un momento insignificante del dolor de no poder

o de no comprender. En cuanto a éste, aunque se encuentra fuera del dominio de nuestra inteligencia, y separado todavía por infranqueables distancias de nuestra imaginación, se puede decir de él que sólo sería intolerable si no tuviera esperanza alguna; para esto, sería necesario que el Universo renunciase a conocerse o admitiese en sí mismo un objeto que permanecería siendo extraño para siempre más. O bien el pensamiento no percibiría sus límites y, por lo tanto, no sufriría nada por ello o bien los rebasará a medida que los vaya percibiendo, porque ¿cómo podría contener el Universo algunas partes eternamente condenadas a no formar parte del él mismo y de su conocimiento? De manera que, así, no se comprende de ningún modo que el tormento de no comprender -suponiendo que existan un instante- no acabe por confundirse con la manera de ser del infinito, el cual, si no es la dicha tal como nosotros la entendemos, será una indiferencia más elevada y más pura que la misma dicha.

CAPÍTULO X

LOS DOS ASPECTOS DEL INFINITO

I

Traigamos a esto nuestros pensamientos. El problema rebasa a la humanidad y lo abarca todo. Yo creo que se puede encarar el infinito bajo dos aspectos bien distintos. Veamos el primero de éstos. Nos encontramos sumidos en un Universo que no tiene más límites en el tiempo que en el espacio. No puede avanzar ni retroceder. No tiene origen. No ha empezado nunca, como nunca acabará. Detrás de él, tiene tantas miríadas de años, como puede descubrir delante. Desde siempre, está en el centro sin límites de días. No puede tener un fin, pues de haberlo tenido lo hubiera alcanzado en el infinito de años que nos precede; por lo demás ese fin estaría fuera de él y si existiese alguna cosa fuera de él estaría limitado por ella y dejaría de ser el infinito. No iría hacia alguna cosa, pues ya habría llegado a ella; por consiguiente, cuanto realizan los mundos en su seno y todo lo que nosotros mismos realizamos, no puede tener sobre él ninguna influencia. Todo lo que debe hacer, ya lo ha hecho. Todo lo que no haya hecho todavía es que no lo podrá realizar jamás. Si no tiene mente, pensamiento, no los adquirirá nunca ni de ningún modo y si ya los tiene, está en su apogeo desde siempre y así quedará, inmutable e inmóvil. Es tan joven como ya lo era siempre y es tan viejo como siempre lo será. En el pasado, intentó ya todos los esfuerzos y todas las experiencias que intente en el porvenir, y como ya se han agotado todos los esfuerzos y todas las experiencias que intente en el porvenir, y como ya se han agotado todas las combinaciones posibles desde eso que no podemos ni llamar origen, no parece posible que aquello que no ha tenido lugar en la eternidad que se extiende antes de nuestro nacimiento, pueda producirse en la que seguirá después de nuestra muerte. Si no ha tomado estado de conciencia no lo tomará jamás; si no sabe lo que quiere, lo ignorará sin esperanza alguna,

sabiéndolo todo o no sabiéndolo nada y encontrándose así tan cerca de su fin como de su principio.

Ese pensamiento es el más sombrío que puede acometer al hombre. No creo que hasta el presente haya sido suficientemente profundizado. Si en verdad fuese irrefutable, -y se puede sostener que lo es-, si encerrara realmente la palabra suprema del gran enigma, sería casi imposible vivir bajo su sombra. Sólo la convicción de que nuestras concepciones del tiempo y del espacio son ilusorias y absurdas, puede iluminar el abismo donde naufragaría cualquier esperanza.

II

Ese Universo, concebido así, sería, si no inteligible, al menos aceptable para nuestra razón; pero en él flotan millares de mundos limitados por el espacio y el tiempo. Estos nacen, mueren y renacen. Forman parte del todo, y se ve, pues, que hay partes de lo que no tiene principio ni fin, que empiezan y concluyen. No conocemos más que esas partes, y son en número tan infinito que, a nuestros ojos, ocupan todo el infinito. Lo que no va a ninguna está lleno de lo que parece ir hacia alguna cosa. Ese que sabe lo que quiere desde siempre o que jamás lo aprenderá, parece realizar eternamente experimentos más o menos malogrados. ¿A dónde quiere ir a dar él, que ya ha llegado? Todo lo que podemos descubrir dentro de lo que no pudiera tener fin aparenta perseguir uno con ardor inconcebible; y el espíritu que anima todo lo que vemos en lo que debería saberlo todo y dominarse parece más bien ignorado todo y buscarse sin tregua. De este modo todo lo que cae bajo nuestros sentidos en lo infinito contraría lo que nuestra razón está obligada a concederle. A medida que lo profundizamos, comprendemos más y más la profundidad de nuestra incomprensión, y mientras más nos esforzamos en penetrar los dos incomprensibles que se encaran mutuamente, éstos más se contradicen.

III

¿Qué será de nosotros en ese incognoscible? ¿Dejaremos lo finito que habitamos para ser engullidos por uno u otro infinito? En otros términos: ¿concluiremos por confundirnos con el infinito que concibe nuestra razón, o permaneceremos eternamente en el que contemplan nuestros ojos, es decir en esos mundos innumerables, cambiantes y efímeros? ¿Jamás saldremos de esos mundos que parecen eternamente obligados a morir y renacer, para entrar último en lo que desde toda eternidad no pudo nacer ni morir y existe sin porvenir y sin pretérito? ¿Escaparemos algún día, junto con lo que nos rodea, de los malhadados experimentos, para entrar al fin en la santa paz, en la sabiduría, en la conciencia eterna? ¿Correremos la suerte que prevén nuestros sentidos o la que exige nuestra inteligencia? ¿O bien sentidos e inteligencia no son sino ilusiones, pequeños instrumentos, vanas armas de una hora, los cuales jamás fueron destinados a escrutar o desafiar al Universo? Si hay realmente contradicción, ¿es por ventura prudente detenerse y juzgar imposible lo que no podemos comprender, teniendo en cuenta lo poco que comprendemos? ¿Acaso la verdad no se encuentra a inconmensurables distancias de esas contrariedades que nos parecen enormes e irreductibles y que sin duda no tiene más importancia que la lluvia que cae sobre el mar?

IV

Pero aun para nuestro pobre entendimiento de hoy, es más aparente que real la contradicción que existe entre el infinito de nuestra razón y el de nuestros sentidos. Cuando decimos que en un Universo que existe en toda la eternidad, se han realizado cuantas experiencias y combinaciones era posible realizar, cuando afirmaciones que no existe ninguna ocasión para que suceda en el infinito porvenir lo que no sucedió en el infinito pasado, quizá nuestra imaginación atribuye al infinito del tiempo una preponderancia que no puede tener. En rigor de verdad, todo lo que contiene el infinito, debe ser tan infinito como el tiempo de que dispone; y las casualidades,

encuentros y combinaciones que en él se hallan, así como no han sido agotadas en la eternidad que nos ha precedido, tampoco lo serán en la que nos guiará. El infinito del tiempo no es más vasto que lo infinito de la substancia del Universo. Los acontecimientos, las fuerzas, las oportunidades, las causas, los efectos, los fenómenos, las mezcolanzas, las combinaciones, las coincidencias, las armonías, las uniones, las posibilidades y las vidas, están representados que llenan por entero un abismo sin fondo ni bordes, en el que son agitados desde lo que llamamos "el origen" de un mundo que no tuvo ningún origen, donde será agitados hasta el fin de un mundo que no tendrá fin… No existe, pues, de ningún modo el apogeo, lo inmóvil, lo inmutable. Es probable que el Universo, se busque y descubra a sí mismo cada día y que no haya tenido todavía conciencia e ignore lo que quiere. Es posible que su ideal esté aún velando por la sombra de su inmensidad; es asimismo posible que las experiencias y las casualidades se persigan en mundos imaginables, comparados con los cuales, todos los que vemos en una noche estrellada, es como un poco de polvo de oro en las profundidades del océano. En fin, si existe algo de eso, si es cierto, también lo es que nosotros, o lo que de nosotros quede -lo cual es indiferente- nos aprovecharemos de esas experiencias y esas casualidades. Lo que todavía no ha sucedido, puede sobrevenir repentinamente; y el mejor estado, como la sabiduría suprema que sea capaz de reconocerlo y concretarlo, están quizá prontos a brotar de un choque circunstancial. Tampoco sería, de ningún modo asombroso, que la conciencia del Universo, para formarse, no hubiese encontrado todavía el concurso de oportunidades necesarias y que la mente humana sirviese de apoyo a una de esas oportunidades decisivas. Hay, en eso, una esperanza. Por muy pequeño que parezca el hombre y su mente, tiene exactamente el mismo valor que las mayores fuerzas que pueda imaginar, dado que nada es grande ni pequeño en lo que no tiene medida. Y aunque nuestro cuerpo llegase a adquirir la talla de todos los mundos que vislumbran nuestros ojos, a los ojos del Universo tendría la misma importancia y el mismo peso que tiene hoy. Quizá, solamente el pensamiento - la mente - ocupa un lugar en lo infinito que las comparaciones no pueden reducir a nada.

V

Por lo demás, si hay que decirlo todo -a riesgo de contradecirse sin cesar y sin pudor en medio de las tinieblas- y volviendo a la primera hipótesis, es muy probable que esta idea de un posible progreso no sea más que una de esas dolencias pueriles de nuestro cerebro que nos impide ver aquello de que se trata. Y es también muy verosímil, ya lo hemos constatado más arriba, que no hubo, y ni habrá jamás ningún progreso, puesto que no podría haber un fin. A lo más podrán producirse algunas combinaciones efímeras, las cuales, según nuestro mezquino criterio, parecerán más venturosas o más bellas que las otras. Es así que consideramos al oro más hermoso que el lodo de la calzada, o la flor de un magnífico jardín más dichosa que el guijarro que yace en el fondo de una cloaca; mas todo esto, evidentemente, carece de importancia, pues no responde a ninguna realidad y no prueba gran cosa.

Cuanto más reflexiona, más se acentúa la debilidad de nuestra inteligencia, que no puede conciliar la idea de progreso ni aun la idea de experimentos con la idea suprema de lo infinito. Aun cuando, a nuestra vista, la naturaleza se repita incesantemente y se reproduzca sin reposo, desde hace millares de años, los mismos árboles y los mismos animales, jamás llegaremos a comprender por qué el Universo repite indefinidamente experimentos que fueron hechos billones de veces. Es inevitable que en las innumerables combinaciones que se hicieron y se hacen en el tiempo sin límite y en el espacio sin orillas, hubo, y hay aún millones de planetas y por consiguiente millones de humanidades exactamente semejantes a la nuestra, al lado de otras miríadas que difieren más o menos de las otras. Nosotros no decimos que sería menester un inimaginable concurso de circunstancias para reproducir un globo en un todo semejante a nuestra tierra. No perdamos de vista que estamos en el infinito; y que ese concurso inimaginable debe necesariamente tener lugar dentro de lo innumerable que no podemos imaginar. Sin son necesarios miles de millares de casos para que dos iones coincidan, esos miles de millares no estorbarían por eso el infinito que, a su vez, no sería un caso único. Colocad una cantidad infinita de mundos dentro de un número infinito de circunstancias infinitamente diversas; siempre se presentará una

cantidad infinita de circunstancias para las cuales esas circunstancias se encontrarán iguales; de lo contrario colocaríamos límites a nuestra idea del Universo, lo cual de resultas de esto tornaríase aun más incomprensible. Si insistimos suficientemente sobre esta idea, es porque jamás llegamos a hasta el extremo de nuestra imaginación; y el extremo de nuestra imaginación no es más que el principio de la realidad y sólo nos proporciona un pequeño Universo puramente humano, el cual, tan vasto como parece, sobrenada, como una manzana en el mar, en el verdadero Universo. Lo repito, si no admitimos que millares de mundos, en un todo semejantes al nuestro, no obstante los millares de posibilidades contrarias, han existido y existen hoy, socavamos entonces en sus fundamentos la única concepción posible del Universo o del infinito.

VI

Pues bien; esos millares de humanidades, exactamente parejas, que sufren desde siempre lo que hemos sufrido y sufrimos, ¿por qué no aprovechamos nada, que todos esos experimentos y todas sus enseñanzas no tengan ninguna influencia sobre nuestros principios y que todo sea siempre para rehacer y recomenzar de nuevo?

Se echa de ver que las dos hipótesis se contrapesan. Es bueno ir adquiriendo poco a poco la costumbre de no comprender nada. Nos resta la facultad de escoger la menos tenebrosa o de convencernos de que las tinieblas de la otra sólo se encuentran en nuestro cerebro. Como ya lo dijo William Blake, el extraño visionario: “No le es posible al pensamiento conocer nada más grande que él”. Añadamos que no le es posible conocer “fuera de él”, otra cosa. Con lo que nosotros ignoramos bastaría para volver a crear el mundo; y lo que sabemos no sirve ni para prolongar un instante la vida de una mosca. ¿Quién sabe si nuestro principal error no será creer que el Universo está dirigido por una inteligencia aunque nos la imaginemos a ésta siendo millones de veces más vasta que la nuestra? Quizá se trate de una fuerza cuya naturaleza sea completamente distinta; una fuerza que puede diferir tanto de la que nuestro cerebro se vanagloria, como la electricidad, por ejemplo, difiere del viento que pasa por el camino. Por eso es muy

probable que nuestra mente, por muy poderosa que llegue a ser, irá palpando siempre en medio de tinieblas. Si es cierto que todo lo que se halla en nosotros, debe asimismo hallarse en la naturaleza puesto que todo nos ha venido en ésta; si el pensamiento y toda la lógica que ella ha colocado en el punto culminante de nuestro ser, dirigen, o parecen dirigir, todos los actos de nuestra vida, no se sigue de ahí de ningún modo que no exista en el Universo una fuerza muy superior al pensamiento y sin tener ninguna relación con éste, fuerza que animaría y gobernaría todas las cosas según otras leyes, y de la cual no se encuentran en nosotros más que huellas casi imposible de distinguir, de la misma manera que en las plantas o en los minerales no se encuentran apenas huellas del mismo pensamiento.

De todas maneras no hay por qué perder el valor. La culpa reside necesariamente en la ilusión humana del mal, de lo feo, de lo inútil y de lo imposible. Es preciso esperar, no que el Universo se transforme, sino que nuestra inteligencia se marchite o intervenga en la otra fuerza y conservar nuestra confianza en un mundo que ignora nuestras nociones del fin y del progreso porque, sin duda, ese mundo tiene ideas de las que nosotros no tenemos ninguna noción y porque además de ese mundo, ese mundo no podría quererse mal a sí mismo.

VII

Se dirá muy fácilmente que todo eso no son más que especulaciones vanas. En el fondo, qué importa la idea que nos hagamos de estas cosas que pertenecen a lo incognoscible; puesto que lo incognosible, aun cuando fuésemos mil veces más inteligentes, permaneciendo para siempre cerrado para nosotros, la idea que de ellos nos formemos, jamás tendrá ningún valor. Es cierto; pero hay grados en la ignorancia de lo incognosible, y cada uno de estos grados señalan una conquista de la inteligencia. Apreciar cada vez más completamente la extensión de lo que ignora, es todo lo que tiene derecho de aspirar el saber del hombre. Nuestro concepto de lo incognosible fue y será siempre sin valor, lo concedo, pero es y no dejará de ser por eso la idea principalísima del humano linaje. Toda

nuestra moral, todo lo que existe de más profundo y de más noble en nuestra existencia, siempre fue fundado sobre esa idea sin valor positivo. Hoy como ayer, y aun cuando fuere posible reconocer más claramente que no podría poseer un valor real, tan incompleta, tan relativa como sea, es de todo punto menester llevarla lo más alto y lo más lejos que se pueda. Ella sola crea la única atmósfera donde pueda vivir lo mejor de nosotros mismos. Sí, es lo incognoscible donde no entraremos de ninguna manera, lo cual no es una razón para decirse: "Cierto todas las puertas y las ventas; no me ocupo de nada más, sino solamente de las cosas que mi inteligencia cotidiana pueda comprender enteramente. Sólo esas coas tendrán el derecho de obrar sobre mis actos y pensamientos". ¿A dónde iríamos a parar así? ¿Qué cosas puede abarcar mi inteligencia enteramente? ¿Existe alguna que no tenga algo de inconcebible? Puesto que no hay manera de eliminar a éste, es razonable y saludable sacar de él el mejor partido posible, y para eso, imaginarlo todo lo más prodigiosamente vasta que sea posible. El mayor reproche que se puede hacer a las religiones positivas, y sobre todo al cristianismo, es que todas han favorecido, si no en la práctica, en teoría, y muy a menudo ese empequeñecimiento del misterio del Universo. Pero extendiéndolo extendemos el espacio en donde ha de moverse nuestra mente o nuestro pensamiento. Es para nosotros lo que nosotros hacemos de él; hagámoslo, pues, de todo cuanto podemos vislumbrar en el horizonte de nosotros mismos. En cuanto a ese misterio del Universo, no le alcanzaremos jamás, estamos de acuerdo; pero tenemos más oportunidades de acercarnos a él si le hacemos cara, si vamos hacia donde nos trae que volviéndole la cara para volver a venir al sitio donde ya sabemos que no está. No por disminuir nuestros pensamientos vamos a disminuir la distancia que nos separa de las postreras distancias; al contrario, ensanchando esos pensamientos es como tendremos la seguridad de que nos equivocaremos lo menos posible. Y cuanto más se eleva la idea que tenemos del infinito, más ligera se hace y más se purifica la atmósfera espiritual en la cual vivimos, más se ensancha y se profundiza el horizonte en el que se dilatan nuestros pensamientos que sólo se nutren de ese horizonte que ellos aman. Heriberto Spencer lo ha dicho: "Edificar perpetuamente ideas que requieren un supremo esfuerzo de nuestras facultades, reconocer perpetuamente que esas ideas deben ser abandonadas como fútiles imaginaciones, nos demuestra mejor que ningún otro medio, la grandeza de aquello que intentamos abarcar. Buscando eternamente el conocer, el saber, y

viéndose continuamente echado atrás, con la convicción cada vez más profunda de que es imposible conocer y saber, he ahí cómo mantenemos viva la conciencia de que nuestra mayor sabiduría y nuestro más alto deber consiste en considerar como el supremo Incognoscible aquello por lo cual existen todas las cosas".

VIII

Cualquiera que se la postrera verdad que admitamos: lo infinito abstracto, absoluto y perfecto, lo infinito inmóvil, inmutable, que haya llegado a ser y que lo sabe todo, hacia el cual tiende nuestra razón; como si preferimos el que nos ofrece el testimonio irrecusable -aquí abajo- de nuestros sentidos, el infinito que se busca, evoluciona y no está todavía concertado, lo que nos importa prever en él antes que todo es nuestro destino, destino que por lo demás en uno o en otro caso debe confundirse con ese mismo infinito.

CAPÍTULO XI

NUESTRO DESTINO EN ESOS INFINITOS

I

El primer infinito, el infinito idea es el que está en armonía con las exigencias de nuestra razón, lo cual no es un motivo para darle preferencia. Es imposible prever lo que nos sucederá allí, puesto que parece excluir cualquier futuro. No nos queda más que interrogar al segundo, aquel que vemos e imaginamos en el tiempo y en el espacio. Además, puede ser que preceda al primero. Por más absoluta que sea nuestra concepción del Universo, ya hemos visto que siempre se puede admitir que lo que no tuvo lugar en la eternidad anterior, nos acontecerá en la posterior; y que nada, si no es por causas inesperadas, se opone a que el Universo, si aun no la posee, adquiera por último la conciencia integral que lo fije en su apogeo.

II

Henos aquí en lo infinito de esos mundos, en lo infinito estelar, en lo infinito de los cielos que seguramente nos oculta otra cosa y que, sin embargo, no podría ser una ilusión total. Nos parece sólo poblado de planetas, soles, estrellas, nebulosas átomos, fluidos imponderables que se agitan, se unen y se contraen, se trasladan sin cesar y no llegan jamás, miden el espacio de lo que no tiene límites y computan las horas dentro de lo que carece de término. En una palabra, henos

aquí en un infinito que parece, poco más o menos, poseer el mismo carácter, idénticas costumbres que esa potencia en cuyo seno respiramos y que en la tierra llamamos naturaleza o la vida.

¿Qué será de nosotros? No es en vano que nos preguntemos; aun cuando nos mezcláramos después de haber perdido toda noción de conciencia, toda noción de yo, aun cuando no fuéramos más que un poco de substancia sin nombre, alma o materia, no podría decirse, ya que estamos suspendidos por igual en el abismo sin nombre, que reemplaza el espacio y el tiempo. No es inútil preguntárnoslo, porque se trata de la historia de esos mundos o del Universo; y esa historia, más importante que la de nuestra pequeña existencia, es nuestra gran historia, donde quizás algo de nosotros mismos o incomparablemente superior o más grande que nosotros, concluirá por encontrarnos algún día.

III

¿Seremos allí desdichados? Intranquilos nos sentimos cuando pensamos en las costumbres de la naturaleza y consideramos que formamos parte de un Universo que aun no ha atesorado toda su sabiduría. Es cierto que ya hemos visto, que la felicidad y la desgracia no existen sino con relación a nuestro cuerpo y que una vez perdido el órgano de nuestros padecimientos, no volveremos a encontrar ninguno de los dolores de la tierra. Pero no se limita a eso nuestra inquietud; nuestro pensamiento ante el cual se detienen todos nuestros dolores del pasado, deambulando, desamparado, de mundo en mundo, desconociéndose a sí mismo entre lo incognoscible que se busca sin esperanza, ¿no conocerá tal vez aquí la espantosa tortura de que ya hemos hablado y que, fuera de duda, es la última que la imaginación puede con su ala rozar? En fin, aun cuando no quedase nada de nuestro cuerpo y pensamiento, quedaría la materia y el espíritu (o por lo menos la energía evidentemente única a la que damos ese doble nombre) que lo constituyeron y cuya suerte no nos debe ser menos indiferente que nuestro propio destino; porque, repitámoslo, a partir de nuestra muerte, la aventura del Universo es también nuestra aventura. Sin embargo, solemos decir: “Qué importa,

ya no existiremos más”. Al contrario, existiremos siempre, puesto que todo existirá.

IV

Este conjunto con que existiremos, en un mando que siempre busca, ¿continuará siendo víctima de nuevos e incesantes experimentos y quizás dolorosos? Puesto que la parte que hemos sido se encontró en desgracia, ¿por qué la parte que hemos de ser, correría mejor suerte? ¿Quién nos garantiza que esas combinaciones y ensayos, que jamás terminarán, no sean más dolorosos, más torpes y más funestos que aquellos de donde salimos, y cómo explicar que éstos hayan podido producirse después de tantos millones de otros que deberían haber abierto los ojos al genio del infinito? A pesar de convencernos, como lo manda la sabiduría india, que nuestros dolores no son más que ilusiones y apariencias, no por eso es menos cierto que nos hacen realmente muy desdichados. ¿Tendrá en otra parte el Universo una conciencia más completa, un pensamiento más justo y más sereno que sobre esta tierra o en los mundos que divisamos? Y si es cierto que en otra parte haya logrado ese pensamiento superior, ¿por qué, pues, él, que preside los destinos de nuestra tierra, no lo aprovecha? ¿No sería posible alguna comunicación entre mundos que deben haber surgido de la misma idea y se encuentran en el mismo seno? ¿Cuál sería el misterio de ese aislamiento? ¿Será preciso creer que la tierra marca la más sobresaliente etapa y el experimento más favorecido? ¿Qué habría hecho el pensamiento del Universo y contra qué tinieblas se habría visto obligado a luchar para haber llegado sólo a eso? Pero, por otra parte, esas tinieblas o esos obstáculos, que nacerían únicamente de él no pudiendo surgir de alguna parte, ¿acaso lo hubiesen podido detener? Así, pues, ¿quién habría formulado al infinito esos problemas insolubles, y de qué sitio más distante y más profundo que de él mismo habrían salido? Sin embargo, es preciso que alguien sepa qué cosas interrogan; y cómo detrás de lo infinito no puede hallarse nada que no sea el mismo infinito, es, pues, imposible imaginar una mala voluntad dentro de una voluntad que no deja en su rededor ningún punto que no ocupe por completo. O bien, los

experimentos principiados en los astros, ¿acaso se continúan mecánicamente, en virtud de la fuerza adquirida, sin consideración a su inutilidad y a sus lastimosas consecuencias, de acuerdo con la naturaleza parsimonia y derrocha las estrellas en el espacio como las semillas sobre la tierra, sabiendo que nada se puede perder? ¿O también, todo el problema de nuestro descanso y de nuestra felicidad así como el del destino de los mundos, se reduce quizás a saber si lo infinito de las tentativas y de las combinaciones es o no semejante al de la eternidad? O por último, para llegar a lo más probable, ¿seremos nosotros que nos equivocamos, lo ignoramos todo, no vemos nada y conceptuamos imperfecto lo que es tal vez sin falla; nosotros, que sólo somos un ínfimo fragmento de la inteligencia que juzgamos con el auxilio de los minúsculos vestigios del pensamiento, que él benévolamente nos concedió?

V

¿Cómo podríamos contestar, cómo nuestros pensamientos y nuestras miradas penetrarían lo infinito y lo invisible, nosotros que no comprendemos ni vemos siquiera la cosa por la cual vemos y que es fuente de todos nuestros pensamientos? En efecto, como se ha hecho notar muy acertadamente, el hombre no ve la luz pura. No ve sino la materia o más bien la pequeña parte de los grandes mundos que conoce bajo el nombre de materia, herido por la luz.

Sólo ve inmensos rayos que recorren los cielos en el preciso instante que son detenidos por un objeto, conforme a uno de esos que sus ojos están acostumbrados a ver sobre esta tierra; de otra suerte todo el espacio poblado de innumerables soles y de una potencialidad sin límites, en vez de ser el abismo de tinieblas absolutas que absorbe y apaga los haces de claridades que de todas las direcciones lo atraviesan, sería entonces un prodigioso e insostenible océano de fulguraciones. Y si no vemos la luz, por lo menos creemos conocer algunos trazos o algunos reflejos; pero ignoramos en absoluto todo aquello que, fuera de duda, constituye la única ley esencial del Universo; la gravitación. ¿Qué es, pues, esa fuerza, la más poderosa de todas y la menos visible, inasequible, sin forma, sin

temperatura, sin consistencia, sin sabor y sin voz, pero tan formidable que suspende y mueve en el espacio todos los mundos que vemos y todos los que nunca jamás veremos? Más rápida, más sutil, más espiritual que el pensamiento, reina hasta tal extremo sobre todo lo que existe, desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño, que no hay siquiera un grano sobre esta tierra, ni una gota de sangre en nuestras venas, que, penetrado, laborado y animado por ella, no opere en todo instante sobre más lejano planeta del último sistema solar que esforzamos en imaginar más allá de los límites de nuestra imaginación. Hace tiempo que la famosa frase de Shakespeare: “Hay más cosas sobre la tierra y en los cielos que las que pueda soñar nuestra filosofía”, es de todo punto insuficiente.

No sólo hay más cosas que las que pueda soñar o imaginar nuestra filosofía; sino cosas que no puede soñar, ni imaginar; y si ni siquiera vemos la luz, que es la única cosa que creíamos ver, puede afirmarse que en torno nuestro sólo existe lo invisible.

Nos agitamos en la ilusión de ver y conceder lo que es estrictamente indispensable a nuestra pequeña vida. En lo demás, que es más o menos todo, no sólo nuestro órganos no permiten el acceso, la visión o la percepción, sino que hasta nos privan de sospechar lo que hay, como nos lo impedirían comprenderlo si a una inteligencia de otro orden se le ocurriese revelarlo o explicárnoslo. La cantidad y el volumen de los misterios es tan limitado como el Universo. Si la humanidad se acercara algún día a aquellos que les parecen hoy los más grandes y más inaccesibles; por ejemplo, el origen y el objeto de la vida; detrás de éstos, cual montañas eternas, ella vería surgir otros inmediatamente que serían tan grandes y tan insondables como los otros; y así indefinidamente. Con relación a lo que sería preciso saber para poseer la llave de ese mundo, ella siempre se encontraría en el mismo punto, ella siempre se encontraría en el mismo punto de ignorancia central. Lo mismo acontecería si poseyéramos una inteligencia de varios millones de veces más amplia y penetrante que la nuestra. Todo lo que descubriese su potencia milagrosamente desarrollada, encontraría límites no menos infranqueables que ahora. Todo está sin límites en lo que no tiene fin. Seremos los eternos prisioneros de lo infinito. Por consiguiente no podemos apreciar bajo cualquier forma que sea, aun cuando fuese sobre el más minúsculo punto imaginable, el estado presente del Universo y poder decir

mientras seamos hombres, si sigue una línea recta o si describe un círculo ilimitado, si se hace más prudente o más insensato, si avanza hacia la eternidad sin fin o vuelve sobre sus pasos hacia la otra que no tuvo principio.

Todo lo que se nos concede en nuestro minúsculo recinto, es el de afanarnos por aquellas cosas que nos parecen ser mejores y permanecer allí heroicamente convencidos de que nada de lo que hacemos se puede perder en él.

VI

Bueno será que no nos infundan temor todos estos problemas insolubles. Del punto de vista de nuestro futuro de ultratumba, no es de ningún modo necesario que de todo obtengamos respuesta. Que el Universo haya dado con su conciencia, la halla algún día o la busque eternamente, no le sería necesario existir para ser desventurado y sufrir, ni tampoco en su conjunto como en una de sus partes; poco importa que ésta sea invisible o inconmensurable, ya que lo más pequeño es tan grande como el más grande dentro de lo que no tiene fin ni medida. Atormentar un punto, es lo mismo que atormentar los mundos; y si atormenta los mundos, es su propia substancia que tortura. Su mismo destino, donde tomamos asiento, nos protege; porque sólo pertenecemos a lo infinito. Él cabe en nosotros como nosotros cabemos en él. Participamos de él desde cualquier punto. Nada existe en nosotros que a él se le pase inadvertido, como tampoco nada hay en él que no nos pertenezca. Él nos prolonga, nos colma y nos atraviesa de todos lados. En el espacio y el tiempo, y en lo que, más allá del espacio y del tiempo carece aún de nombre, lo representamos y lo resumimos enteramente con todas sus propiedades y todo su porvenir; y si su inmensidad nos espanta, nosotros somos tan espantables como él.

Si, por consiguiente, vamos a sufrir, nuestros sufrimientos sólo serían efímeros y no puede tener importancia lo que no es eterno. Es posible, aunque muy incomprensible, que algunas fracciones se equivoquen y se extravíen; mas es imposible que el dolor sea una de

sus leyes duraderas y necesarias; porque entonces habría sancionado esa ley contra sí mismo. Así, pues, él se debe ser su propia ley o el amor al cual debería obedecer sería sólo al Universo, y el centro de una palabra que pronunciamos sin poder comprender su alcance estaría simplemente fuera de lugar. Si es desgraciado, es porque se complace en serlo; y si le da su desgracia, está loco, y si nos parece loco, entonces nuestra razón funciona al revés de todo y de las únicas leyes posibles puesto que ellas son eternas; o bien más humildemente, tal vez juzga ella lo que no puede comprender.

VII

¿Entonces será menester pues, que todo se extinga o bien que todo esté, si no en la dicha, a lo menos en un estado exento de cualquier sufrimiento, de cualquier inquietud, de toda desdicha duradera? ¿Y qué es en el fondo nuestra felicidad sobre esta tierra, sino la ausencia de dolor, de inquietud y desventura?

Pero es pueril estar hablando de felicidad y de desdicha cuando se trata de lo infinito. La idea que tenemos de la felicidad y de la desgracia es tan particular, tan humana y tan frágil que no sobrepasa nuestra estatura y conviértese en polvo así que la sacamos de su mezquina esfera. Ella dimana enteramente de algunas casualidades de nuestros nervios, los cuales son aptos para apreciar incidentes de poca monta, aunque también podrían haberlo sentido todo al revés y regocijarse de lo que les aflige.

Yo no sé si recuerdan la impresionante página de Sir William Crookes, donde el ilustre sabio demuestra que a los ojos de un hombre microscópico, casi todo lo que conceptuamos como leyes esenciales de la naturaleza resultará desmentido; mientras que las fuerzas que son poco menos que ignoradas, tales como la tensión superficial, la capilaridad, los movimientos brownianos, serían preponderantes. Si por ejemplo, él se paseara sobre la hoja de repollo, a la hora del rocío, al verla constelada de enormes globos de cristal, sacaría en consecuencia que el agua es un cuerpo sólido que se redondea y sube al espacio. Pocos pasos de allí, al acercarse a una

charca, constataría que ese mismo cuerpo, en vez de elevarse, parece inclinarse desde la orilla, en una inmensa curva cóncava. Si intentara con la ayuda de sus amigos, arrojar una de esas enormes barras de acero que llamamos agujas, vería a ésta formar en la superficie del líquido una especie de lecho y allí se estaría flotando tranquilamente. Y naturalmente inferiría de esos experimentos y de mil otros que podría realizar, teorías diametralmente opuestas a aquellas donde descansa toda nuestra vida.

Lo mismo sucedería con la hipótesis de William James, en la que trata de las posibles alteraciones en el sentido de la duración. "Supongamos capaces, en el espacio de un segundo, de observar distintamente a diez mil sucesos en vez de diez, como ahora; si nuestra vida sólo pudiese contener el mismo número de impresiones, podría ser mil veces más corta. Viviríamos menos de un mes y, por experiencia personal, nada sabríamos del cambio de la estaciones. Si hubiéramos nacido en invierno, creeríamos en el verano como creemos ahora en los colores del período carbonífero. Los movimientos de los seres organizados serían tan lentos que no podríamos verlos y sólo los conoceríamos por inducción. El sol permanecería inmóvil en el cielo, la luna carecería de fases y así sucesivamente. Ahora invirtamos la hipótesis y supongamos a un ser que tenga tan sólo la milésima parte de las sensaciones que poseemos en un tiempo dado; viviría mil veces más tiempo que nosotros. Los veranos y los inviernos le parecerían cuartos de hora. Los hongos y otras plantas de rápido desarrollo brotarían tan bruscamente que se le aparecerían como crecidos instantáneamente; las plantas anuales se elevarían y caerían, sin tregua, semejantes a los borbotones de una fuente mineral. Los movimientos de los animales serían invisibles cual lo son, para nosotros, los movimientos de las balas; y el sol cruzaría el cielo como un meteoro dejando tras sí una estela de llamas, etc. ¿Quién nos dice que nada semejante exista en el mundo animal?"

VIII

Sólo creemos ver arriba de nuestra cabeza, catástrofes, muertes, tormentos y desastres; nos estremecemos sólo al pensar en los grandes fríos y en las formidables y negras soledades interplanetarias y nos imaginamos que los mundos que ruedan en el espacio son tan desgraciados como nosotros porque se hielan, se disgregan, se entrechocan y se consumen entre fabulosas llamas. De ahí inferimos que el espíritu del Universo es un tirano atroz, víctima de una monstruosa demencia, el cual sólo se complace en el suplicio de sí mismo y de todo lo que contiene. A millones de estrellas, que son varios millares de veces más grandes que nuestro sol, a las nebulosas cuya cifra ninguna palabra de nuestros idiomas puede expresar la naturaleza y las dimensiones, concedemos nuestra sensibilidad de un instante, sólo la reducida disposición efímera de nuestros nervios; y estamos convencidos de que la vida debe ser imposible o espantosa en esos mundos, porque sentiríamos mucho calor o demasiado frío. Sería preferible si nos dijéramos que solamente hubiese sido suficiente cualquier cosa, unas pupilas más o menos sobre nuestra epidermis, algunas ramificaciones desviadas en el aparato óptico y en los oídos para que la temperatura, el silencio y las tinieblas del espacio se trocaran en una deliciosa primavera, en una música estupenda y en una luz divina. “Nada es suficientemente maravilloso para ser verdadero”, ha dicho Faraday. Sería mucho más razonable convencernos de que las catástrofes que creemos ver constituyen la vida misma, la alegría y una u otra cosa de esas inmensas fiestas de la materia y del espíritu, en las cuales la muerte, separando por fin nuestros dos enemigos la hora y la distancia, nos permitirá luego tomar parte. Para cada mundo que se disuelve, se apaga, se disgrega, se consume o que algún otro mundo embista y pulverice, significa un magnífico experimento que se inicia, una esperanza pasmosa que se acerca, y quizás una felicidad desconocida brotada al unísono de lo inagotable e inesperado. Qué importa que se hielen o se abrasen, se replieguen o se dispersen, se persigan o se huyan; la materia y el espíritu cuando dejan de estar reunidos por la misma precaria casualidad que los unía a nosotros, deben alegrarse de todo lo que sobrevenga; porque todo no es más que nacimiento y renacimiento,

viaje hacia lo desconocido, poblado de promesas admirables y tal vez el presentir de algún inefable advenimiento…

CAPÍTULO XII

Conclusiones

I

Con el intento de que se pueda conservar de todo esto una imagen más viva y un recuerdo más preciso, abarquemos de un último vistazo el camino recorrido.

Hemos separado, por razones ya enunciadas, las soluciones religiosas y el aniquilamiento absoluto. El aniquilamiento es materialmente imposible; respecto de las soluciones religiosas, éstas ocupan una ciudadela sin puertas ni ventanas a donde la razón humana no puede penetrar. Viene luego la hipótesis de la supervivencia de nuestro yo, despojado de su cuerpo, pero conservando plena e intacta conciencia de su identidad. Ya hemos visto que esta hipótesis, en sus límites estrictos, es poco probable y casi nada deseable, aun cuando, por el abandono de nuestro cuerpo, fuente de todos los males, parece ser menos temible que nuestra existencia actual. Por otra parte, así que intentamos desarrollarla o elevarla, a fin de que no nos parezca tan bárbara o menos ingenua, damos con la hipótesis de la conciencia universal o de la conciencia modificada, la cual, con la de la supervivencia sin ninguna especie de conciencia, cierran el campo a todas las conjeturas y azota todo lo que nuestra imaginación puede prever.

La supervivencia sin ninguna clase de conciencia equivaldría para nosotros el aniquilamiento puro y simple y, por consiguiente, no sería más temible que éste, vale decir, un sueño sin sueños y sin despertar. La hipótesis es, fuera de duda, más aceptable que la del aniquilamiento, pero prejuzga de atrevida manera con los problemas de la conciencia universal y los de la conciencia modificada.

II

Antes de responder a éstas, es preciso escoger su Universo, pues nuestra ignorancia faculta la elección. Se trata de saber de qué modo examinaremos el infinito. ¿Será acaso el infinito inmóvil, inmutable, de toda eternidad, y en su apogeo, el Universo sin objeto que debe, en el límite extremo de nuestro pensamiento, concebir nuestra razón? ¿Nosotros creemos que cuando muramos, la ilusión de progreso y movimiento que contemplamos desde el fondo de esta vida se desvanecerá bruscamente? Entonces, es inevitable, que en el instante de nuestro postrer suspiro, seamos absorbidos, a falta de otra cosa mejor, por aquello que llamamos la conciencia universal. O de lo contrario, estamos convencidos de que la muerte nos revelará que la ilusión no se encuentra en nuestros sentidos, sino en nuestra razón, y que en un mundo indiscutiblemente viviente, a pesar de la eternidad anterior a nuestro nacimiento, aun no han sido realizados todos los experimentos, es decir, que el movimiento y la evolución continúan y jamás se interrumpirán en parte alguna; y así, desde luego, será menester aceptar la conciencia modificada o progresiva. Ambos aspectos, son en el fondo, igualmente incomprensibles, pero se pueden defender, y, no obstante, ser inconciliables: concuerdan en un punto, a saber que el dolor sin término y el infortunio sin tregua son igualmente y para siempre excluidos.

III

La hipótesis de la conciencia modificada no requiere la pérdida de la pequeña conciencia adquirida en nuestro cuerpo; pero convierte a ésta en algo casi despreciable, la arroja, la ahoga y la disuelve en lo infinito. Es naturalmente imposible reforzar esta hipótesis con pruebas satisfactorias; empero no es tan fácil destruirla como a las precedentes. Si fuese permitido el hablar de verosimilitud, ya que nuestra única verdad es que no vemos la verdad, ésta es la más

verosímil de las hipótesis de expectación y abre magníficas vías a los sueños más plausibles, los más variados y más seductores. Nuestro yo, nuestra alma, nuestro espíritu, o cualquiera que sea el nombre con que llamaremos lo que nos sobreviva para continuar siendo nosotros mismos, ¿volverá a encontrar al salir de nuestro cuerpo las vidas innumerables que debe haber vivido desde los milenarios que no tuvieron principio? ¿Continuará medrando, asimilándose todo lo que encuentre a su paso en lo infinito, durante los milenarios que no tendrán fin? ¿Se demorará algún tiempo alrededor de la tierra, llevando, en las regiones invisibles a nuestros ojos, una existencia cada vez más elevada y feliz, tal cual lo aseguran los teósofos y espiritistas? ¿Se irá acaso hacia otros sistemas planetarios, emigrará él a otros mundos de los cuales nuestros sentidos ni siquiera sospechan su existencia? Todo está permitido en ese gran sueño, con excepción de las cosas que pudieran detener su vuelo.

Sin embargo, así que se aventura demasiado en los espacios de ultratumba, tropieza con singulares obstáculos y sus alas se destrozan. Si admitimos que nuestro yo no subsiste eternamente tal cual era en el momento de nuestra muerte, tampoco podemos imaginar que en un instante dado se detenga, cese de extenderse y elevarse, que alcance su perfección y plenitud, para no ser más que una especie de ruina inmutable, suspendida en la eternidad y un objeto finito dentro de lo que jamás tendrá fin. Esta sería la única y verdadera muerte; y tanto más horrorosa en cuanto ella marcaría un término a una vida y a una inteligencia sin par, y en comparación con las que poseemos acá abajo no pesarían siquiera el peso de una gota de agua frente al Océano o el de un grano de arena en contrapeso con una cadena de montañas. En una palabra, o creemos que algún día se interrumpirá nuestra evolución; y esto es un fin incomprensible y en cierto modo una muerte inconcebible; o bien admitimos que no tendrá término, y desde luego, siendo infinita, adquiere todos los caracteres de lo infinito y entonces se pierde y se confunde en él. Esto es por lo demás, a donde van a parar la teosofía, el espiritismo y todas las religiones donde el hombre, en su felicidad suprema, está absorbido por Dios. Y es asimismo un fin incomprensible, después de haber hecho todo lo humanamente posible para comprender el uno o el otro enigma, entreguémonos con preferencia al más grande y por ende al más verosímil, aquél que contiene a todos los demás y tras del cual nada queda. De otra suerte las preguntas se yerguen a cada etapa y

las respuestas quedan siempre diferidas. Y las preguntas y las respuestas nos conducen al mismo ineluctable abismo. Puesto que tarde o temprano hay que tratarlo, ¿por qué no hacerlo en seguida? Todo lo que nos acontece durante el intervalo, sin ninguna duda nos interesa, mas no puede satisfacernos, porque no es eterno.

IV

Hénos ante el misterio de la conciencia universal. Aun cuando seamos impotentes de emprender el acto de un infinito que se replegará sobre sí para sentirse y en consecuencia para definirse y separarse de otra cosa, no es por eso una razón suficiente para declararlo imposible; porque si rechazáramos todas las realidades e imposibilidades que no podemos comprender, no nos quedaría nada con qué vivir. Si esta conciencia existe bajo la forma de que tenemos idea, es por lo tanto evidente que nos encontraremos y tomaremos parte de ella. Si hay conciencia en alguna otra parte o alguna cosa que reemplace a la conciencia, estaremos en esa conciencia o en esa cosa, puesto que no podemos estar en otra parte. Y esa conciencia o esa cosa en donde nos hallaremos, no pudiendo ser infortunada, puesto que es imposible que lo infinito exista tan sólo para su desventura, tampoco nosotros hemos de ser infortunados. Por último, si lo infinito a donde seremos arrojados no posee ninguna clase de conciencia ni nada que se le parezca, es que la conciencia o aquello que pudiera reemplazarlo, no es indispensable a la dicha eterna.

V

He aquí, pienso yo, poco más o menos, lo que se puede asegurar por el momento, al alma inquieta, delante del espacio insondable donde la muerte muy presto habrá de arrojarla. Puede ella abrigar la esperanza en todo lo que soñaba; y así quizás no se recele tanto lo que más temía. Si prefiere permanecer a la expectativa y no admitir

ninguna de las hipótesis que he expuesto, lo mejor que pude, y sin propósito preconcebido, creo sin embargo difícil no aceptar, por lo menos, el gran consuelo que se halla en el fondo de cada una de ellas: pues conviene saber que el infinito no podría estar predispuesto contra nosotros, puesto que si atormentara al último de nosotros, atormentaría algo que no puede arrancar de sí y por lo tanto a un ser total.

Nada he añadido a lo que sabíamos. Simplemente he intentado reparar lo que puede ser cierto de lo que ciertamente no lo es; porque si ignoramos dónde se encuentra la verdad, aprendemos no obstante a saber dónde no se la encuentra. Y tal vez, rebuscando esa verdad inhallable, habremos acostumbrado nuestros ojos a penetrar, contemplando fijamente, el espanto de la última hora.

Quedan, sin duda alguna, muchas cosas más que decir, que otros dirían con más fuerza y brillantez. Mas no esperemos que alguien pronuncie en esta tierra la palabra que ponga un dique a nuestras incertidumbres. Al contrario, es muy probable que nadie sobre este mundo, ni quizás tampoco en el otro, descubra el enorme secreto del Universo. Y, por poco que reflexionemos, felizmente vale más que así sea.

Así, pues, no solamente tenemos que resignarnos a vivir dentro de un incomprensible, sino también de alegrarnos de no poder salir de él. Si no existiesen más que problemas insolubles ni impenetrables enigmas, lo infinito no podría ser infinito; y entonces sí que tendríamos que maldecir para siempre al destino que nos hubiese puesto en un Universo proporcionando a nuestra inteligencia. Todo lo que existe no podría ser otra cosa que una cárcel sin salidas, un mal y un error irreparables. Lo desconocido y lo incognoscible son y serán quizá siempre necesarios a nuestra felicidad. En todo caso, no desearía yo a mi peor enemigo, aunque su pensamiento fuese mil veces más profundo y más potente que el mío, que fuera eternamente condenado a vivir en un mundo en el cual hubiese sorprendido un secreto esencial y del que, siendo hombre, hubiese empezado por comprender algo.

FIN

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN BUENOS AIRES, EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EDITORIAL TOR, EL DÍA 19 DE NOVIEMBRE DEL AÑO 1940.